

LA CRUZADA DEL CATECISMO

ENSAYO DE REMEDIO PARA UN GRAVÍSIMO DAÑO

CARTA

AL ILMO. Y RMO. SR.

DR. D. PROSPERO MARIA ALARCON

ARZOBISPO DE MÉJICO.



BX1968

B3

c.1

MÉJICO

POGRÁFICA DE F. DIAZ DE LEON

el Cinco de Mayo y callejón de Sta. Clara.

1897

81

BX1968

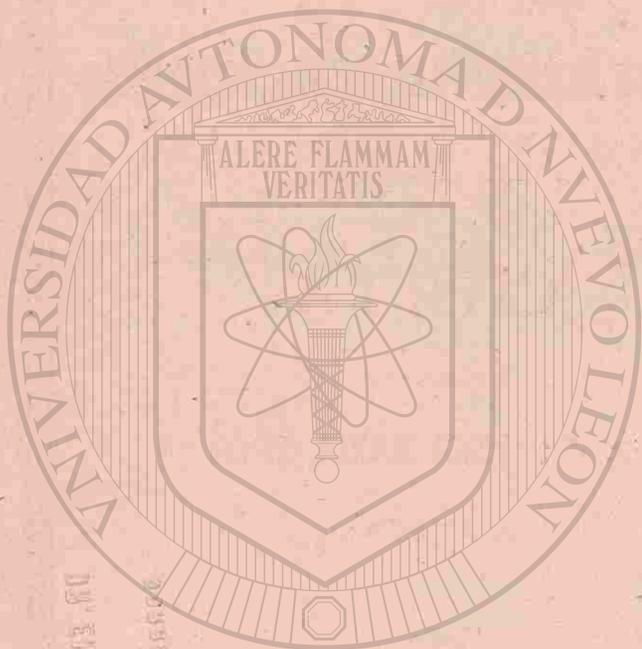
B3

C.1

012085



1080016133

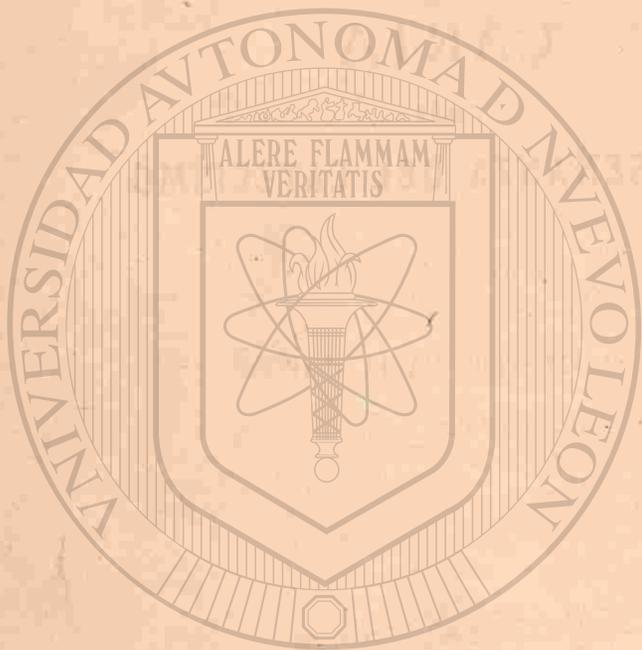


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

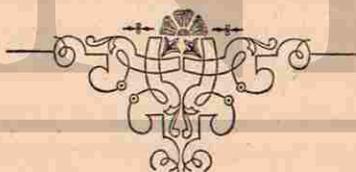
ENSAYO DE REMEDIO
PARA UN GRAVÍSIMO DAÑO



CARTA
SOBRE
LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO

AL ILMO. Y RMO. SR.

DR. D. PRÓSPERO MARIA ALARCON
ARZOBISPO DE MÉJICO.



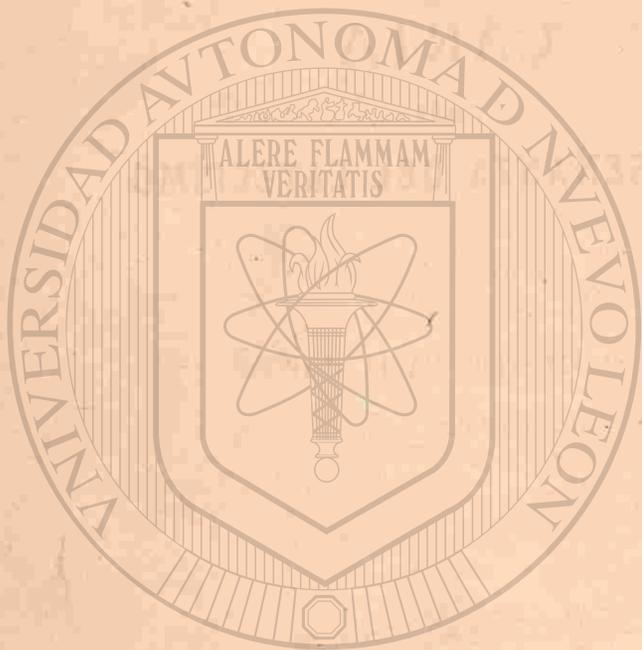
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MÉJICO



AGENCIA TIPOGRÁFICA DE F. DIAZ DE LEON
Esquina del Cinco de Mayo y callejón de Sta. Clara.

1897

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria
48118



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

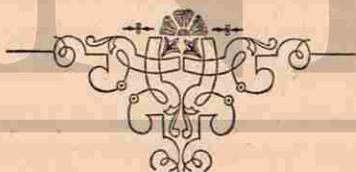
ENSAYO DE REMEDIO
PARA UN GRAVÍSIMO DAÑO



CARTA
SOBRE
LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO

AL ILMO. Y RMO. SR.

DR. D. PRÓSPERO MARIA ALARCON
ARZOBISPO DE MÉJICO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MÉJICO



AGENCIA TIPOGRÁFICA DE F. DIAZ DE LEON
Esquina del Cinco de Mayo y callejón de Sta. Clara.

1897

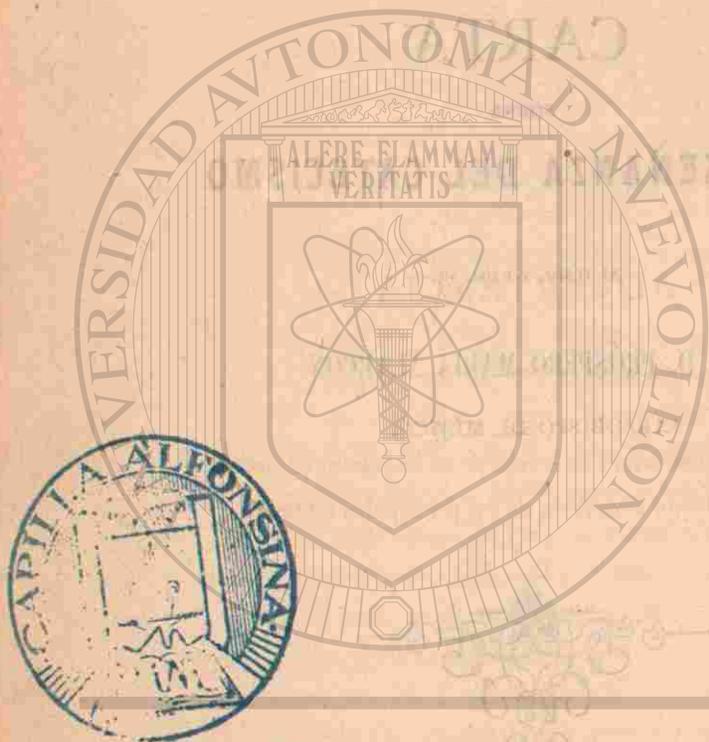
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
48118

BX1968

B3

EXAYO DE BENEDIC

PARA EL CRISTIANO DADO



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

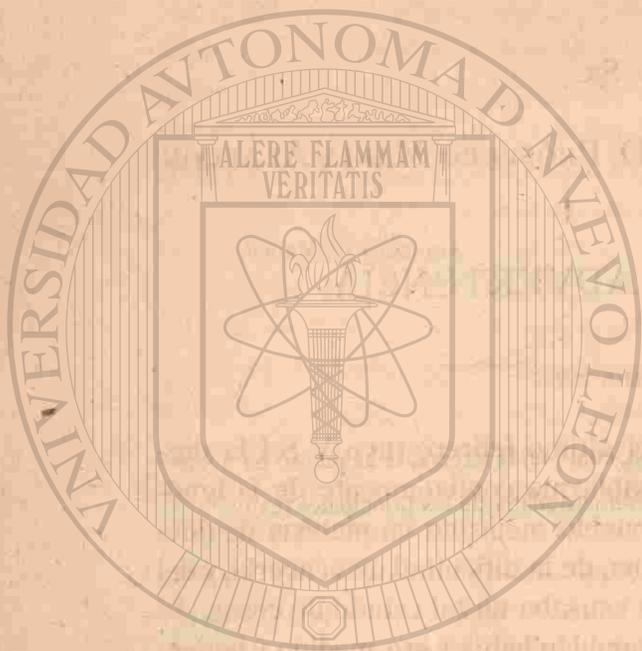
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA

En esta edición, como en la tercera, se ha puesto en notas la traducción castellana de los principales textos.

UANL

012085



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ILMO. Y RMO. SR.

DR. D. PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN

ARZOBISPO DE MÉJICO.

ILMO. Y RMO. SR.:

Un día del último febrero tuvo V S I la dignación de hablarme confiadamente de la ignorancia del pueblo mejicano en materia de doctrina cristiana, de la dificultad de vencerla, y del dolor que le causaba un tal estado de cosas.

Como yo también habia visto, medido y lamentado el propio mal, sentido la necesidad urgente de remediarlo, y hasta pensado en el remedio; aventuré algunas consideraciones, al cabo de las cuales me dijo V S I con viril y conmovido acento: «¡Ayúdeme vd., levante una cruzada en favor del catecismo!»

Respondí excusándome, y fundando la excusa en la evidente desproporción que hay entre mis débiles fuerzas y tan grande hazaña; que no es dado á cualquiera valer lo que valfan un Pedro el Ermitaño, ni un Guillermo de Tiro, ni un Foul-

ques de Neuilly, ni menos lo que el gran San Bernardo valía; y á mí me ha tocado ser en todo un muy cualquiera.

A la mañana siguiente asistí, acompañando á V S I, á cierta asamblea general de señoras en Santa Brígida, donde se leyó un desconsolador informe público, del uno al otro cabo historia de apatías y deserciones, cuajada de lamentos y de tristes pronósticos; y después oí un sentido discurso de V S I, comentando y encareciendo lo que me había hecho el favor de decirme la víspera en su casa. La misma semana tuve que salir de Méjico.

Pero de viaje ó de asiento, muy ocupado ó harto distraído, puedo afirmar que pocos ó ningún día he dejado de recordar este asunto, y los ardientes deseos de V S I y su pena de no acertar á realizarlos. ¿Ni cómo echar en olvido plaga tan dolorosa y tan general, que en las ciudades y en las aldeas y en los campos salta luego á los ojos y entristece el alma?

En la mía, la noche misma que siguió á nuestra conferencia, se formó un plan de reacción; no sé decir, ni me toca decirlo, si disparatado ó hacedero. Por si acaso podía ser útil, lo consulté con dos personas, á cual más capaces y seguras, fuera de eso adictísimas á su prelado por estima profunda y por cordial afición; y ambas me exhortaron á que comunicase con V S I mi proyecto.

Temí errar, temí pecar de impertinente, traspasando los límites que señaló al forastero la discreción antigua sagrada y profana; desistí, insis-

tieron mis amigos, vacilé, y acepté á la postre lealmente su consejo, si no el más atinado, por lo menos el más bien intencionado del mundo.

En aquella sazón me impidió ponerlo por obra la necesidad de ausentarme, y después, con la esperanza de ver pronto á V S I, no pensé en escribirle; mas viendo que se dilata sin término conocido nuestro regreso á la capital, apelo por fin á la pluma, y voy á exponerle con llaneza, brevedad y en cerro, algunas pobres ideas mías sobre este gravísimo negocio.

Sé de antemano que no diré nada nuevo, porque ni es fácil decirlo, ni sé yo hacer cosas difíciles; pero de algo puede servir el plantear nuevamente la cuestión; que á veces el más defectuoso y torcido ensayo, despertando ingenios dormidos y aguijoneando perezosas voluntades, acaba por determinar los más fecundos aciertos. En todo caso probaré á V S I cuánto puede mover á un extranjero su increíble bondad, su celo, no del todo bien secundado, y sus pastorales tristezas.

Como piensa V S I, la miseria de que tratamos, es grande en varios modos. Grande por lo profundo de la ignorancia, que llega hasta no saber la pobre gente ni el Credo, ni la oración dominical, ni aun bien persignarse; y á dejar morir sin bautizarlos á no pocos niños.

Pues de la esencia y atributos de Dios, del origen del mundo, de la naturaleza y destino de las almas, de la caída original, de la malicia del pecado, del admirabilísimo misterio de la redención

humana, del de la justificación, de la persona de Nuestro Señor Jesucristo, del ser y valor de los sacramentos, de lo que pide y puede el bien orar, del culto de los santos y de las sagradas imágenes, de la constitución de la Iglesia, cosas que se pueden enseñar harto bien — las he enseñado mil veces — á los más rudos entendimientos; ó nada entienden, ó entienden tan poco y tan mal, que no lleva gran ventaja su desdichada ciencia á la simple ignorancia.

Y no es menos grande esta miseria por el número de los que tanto ignoran. Turbas de adultos he visto que nunca se confesaron, á pesar de quererlo con recta y no tibia voluntad, por falta de saber los rudimentos más elementales del Catecismo; y he llegado á tener delante un grupo de hasta veintiseis niños, en edad todos de recibir la comunión, de los cuales uno solamente sabía decir el Padre nuestro, no sin tropezones, y poco más intelectualmente que un papagayo. Al oír esto, y más al verlo y palparlo, ¿á qué memoria no viene el gemido del profeta: *Adhæsit lingua lactentis ad palatum ejus in siti; parvuli perierunt panem et non erat qui frangeret eis?*¹

Y es lo peor que esta espantosa latitud del mal no lleva camino de reducirse, antes se extiende más y más cada día. En una familia de tres generaciones suelen saber algo los abuelos; apenas lo bastante, y no siempre, los hijos; los nietos casi nada. ¿Qué aprenderán los biznietos? Parece que aquí no cuadraría mal lo del poeta:

1. "Al niño de pecho se le pegaba la lengua al paladar á causa de la sed; pedían pan los niños y no había quien se lo diese." — *Jerem., Tren. IV.*

"Ætas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore." — *Hor.*¹

¡Y en qué tiempos! Cuando con nunca visto furor amaga desolar al mundo, como un nuevo diluvio, la espantable avenida de las más deletéreas enseñanzas.

Otra grandeza terrible tiene todavía este mal, pues consistiendo en una privación, se ha de medir por el valor del bien de que priva; bien tan grande, que no sería fácil ponderarlo. Fr. Luis de Granada, Blas Pascal y José de Maistre, cada uno por diferente método, calcularon que una alma vale más que el mundo; y muchos siglos antes que ellos había dicho nuestro Señor: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua?*² Eso una alma; y ¿cuántas serán las que se pierdan aquí por ignorancia del catecismo?

No es, pues, de extrañar que la presencia y vista de tanto daño en su grey acibare al pastor la vida y le quite el sueño.

Lo extraño es que no nos desvele y aflija á cuantos de alguna manera se nos ha dicho: *Euntes docete.*

Todos, hasta los que ocupamos lugares infi-

1. "De padres corrompidos
Muy más aún que el corrompido abuelo,
Indignos sucesores,
De nosotros saldrán hijos peores." — *Burgos.*

2. "¿De qué le sirve á un hombre ganar cuanto hay en el mundo, si pierde su alma?" — *Math. XIV, 26.*

mos en la jerarquía eclesiástica, deberíamos llevar siempre delante de los ojos ese mandato de nuestro Señor y Maestro; y aquellas palabras del Apostol: *Praedica verbum, insta... Necessitas mihi incumbit, vae enim mihi est, si non evangelizavero;*¹ y las de Jeremías: *Ubi est grex, qui datus est tibi, pecus inclytuntuum?* y las de Oseas: *Non est scientia Dei in terra: maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit.* Y sobre todo las tremendas amenazas del Señor, que escribió Ezequiel en los capítulos III, XXXIII y XXXIV de su profecía. ¿A qué sacerdote no temblarán las carnes, si pára mientes en lo que allí fulmina Dios mismo contra el pastor negligente y contra el descuidado centinela? De mí sé decir que, en leyéndolas, á lo menos por entonces, de tibio por demás que soy, me vuelvo celoso; de pusilánime, valiente; y de mal sufrido, muy esforzado y ansioso de pasar en servicio de Dios y de los hombres trabajos del cuerpo y cuitas del alma; como si de allí á poco me hubiesen de alcanzar los pavorosos vaticinios.

Las causas del mal sería supérfluo declararlas ó encarecerlas. ¿Quién no las conoce y deplora?

Apliquémonos, pues, á lo que más urge. Véamos si le hay, y cuál sea el remedio.

Yo le busco en el príncipe de los catequistas

1. "Enseña la palabra de Dios, insiste. Estoy por necesidad obligado á enseñarla, y desventurado de mí, si no la enseñare."— *S. Pablo.*

humanos, en el Apostol de las Gentes, y veo que dice:

Fides, sine qua impossibile est placere Deo, ex auditu; auditus autem per verbum Christi.

Quomodo autem audient sine praedicante?

*Quomodo vero praedicabunt nisi mittantur?*¹

Hé aquí, á mi ver, una solución cabal, un programa completo, reducido á solas dos partes.

Primera: Hallar suficiente número de catequistas. *Quomodo autem audient sine praedicante?*

Segunda: Ponerlos á enseñar el catecismo. *Quomodo autem praedicabunt, nisi mittantur?*

Extranjero y casi desconocido, á menudo tendré que apadrinar mi opinión con autoridades; y de viaje y sin libros me veré precisado á citar casi siempre de memoria; aunque tan vulgares y sabidos textos, que en especial para V S I no habrán menester acotaciones.

Empecemos por la parte primera. Busquemos catequistas.

¿Hay bastantes para el caso en la diócesis? Presupongo que no bastan los ordinarios ó sea el clero parroquial, porque dada la penuria de vocaciones, que hoy se padece, la mucha gente que es preciso instruir, la rebelde indolencia de su temperamento, y lo apartados y dispersos que generalmente viven, á no tener en cada operario

1. "La fe, sin la cual es imposible agradar á Dios, depende del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo. ¿Más cómo la oirán, si no hay quien se la predique? ¿Y cómo habrá predicadores, si nadie los envía?"— *San Pablo.*

un apóstol, casi es imposible igualar con las necesidades los recursos.

Pero ¿qué se ha de hacer? ¿Aguardar á que abunden los catequistas, y disminuyan y se junten y sean más dóciles los catecúmenos?

Se me antoja que esto sería imitar neciamente al necio ganapán de Horacio.

“... Vivendi qui recte prorogat horam,
Rusticus spectat dum defluat amnis, at ille
Labitur et labetur.”¹

Muy de otro modo habla la sana razón:

“Dimidium facti, qui cæpit, habet: sapere aude,
Incipe.”²

Lo urgente, y osaría yo decir lo obligatorio, es acometer incontinenti la empresa, sacando el partido que se pueda de las circunstancias, en vez de pasar el tiempo en lamentaciones inútiles, en sueños vanos y en estériles deseos. *Nos autem ea, quæ sunt in usu vitæ communi, non ea quæ finguntur aut optantur spectare debemus.*³

Manos pues, á la obra; mas no ciertamente para seguir haciendo lo mismo que ahora se hace, ya

1. “El que anda dilatando hasta otro tiempo
El mudar de conducta, se asemeja
Al rústico aldeano, que debiendo
Un río atravesar, se detenía
Hasta ver agotados sus veneros;
Y aun corre el río y correrá por siempre.”

2. “Quien bien empieza, la mitad ha hecho;
A bien obrar decidete, y empieza.”

3. “No esperemos ver realizarse ni los sueños de la fantasía, ni los desapoderados deseos del corazón, sino lo verosímil y corriente.—*Cic. de Amic.*”

que, supuesta la necesaria proporción de los efectos con las causas, no produciría sino el resultado mismo, que ahora produce. Creo que en esto dijo bien el autor del *Novum Organum: Insanum quiddam esset et in se contrarium existimare ea, quæ adhuc numquam facta sunt, fieri posse nisi per modos adhuc numquam tentatos.*¹

Pues ¿con qué medios se suplirá la penuria de catequistas eclesiásticos ú ordinarios?

Voy á someter algunos al claro y seguro juicio de V S I.

1º Puede, á mi parecer, suplirse en parte con más ahincado y perseverante esfuerzo de estos mismos catequistas, es á saber, de los señores párrocos y de sus coadjutores. A todos ellos respeto y venero á muchos; pero no me es posible echar en olvido que he visto alguna vez otra energía, otra aplicación, otro muy diferente desvelo, constancia mayor y superior habilidad, señaladamente en Bélgica, cuyos laboriosos y modestísimos sacerdotes son, en mi estima, dechado de los demás del mundo en esta parte de nuestro ministerio.

Mas supongamos, y ojalá sea así, que la máxima parte cumple con su deber, y aun demos que llegan á la santidad del verdadero apóstolado. Todavía á esos mismos, á los mejores de entre los buenos, pudiera provechosamente aplicarse aquella exhortación que está al fin de la Sagrada Escritura: *Qui justus est, justificetur adhuc.*

1. “Locura sería presumir que lo que nunca se pudo lograr, se logre al cabo sin variar de medios.”—*Bacon de Ver. Aphor. VI.*

Qui sanctus est, sanctificetur adhuc. ¹ ¿Y quién sabrá decir cuánto se puede estirar en lo humano y en lo divino la energía de un hombre? Y la suma de estos aumentos de actividad en todo el clero de una gran diócesis, ¿quién habrá que la compute?

2º En segundo lugar, pueden ayudar no poco los estudiantes seminaristas, dentro de la ciudad con la palabra, y fuera con el ejemplo; al paso que ellos mismos se forman y salen maestros de esta nada fácil, y con todo soberana pedagogía. Soberana por cierto, como lo han probado con su conducta y libros desde San Agustín hasta Mgr. Dupanloup, y antes del libro *De catechizandis rudibus* y despues de *L'Œuvre par excellence*, muchos adalides de la Iglesia.

3º En tercer lugar entiendo que sería muy útil paso acudir, si bien con prudente reserva, á los profesores de instrucción primaria de ambos sexos. De esta categoría de ciudadanos gran parte militan, aunque sea rutinaria y flojamente, entre los propagadores de la religión católica; y en los mismos que por ignorantes ó vanagloriosos aparentan desdeñarla, influyen todavía los párrocos, é influye mucho la conciencia pública.

Todavía en México, no obstante una persecución religiosa tan radical y tan larga, si no prospera, vive con inmortal vigor el catolicismo. Semejante á la encina del Algido, ó á Roma la grande, la de los Curios y los Escipiones,

1. "El justo justifiquese más, y el santo siga santificándose."—*Apoc.*

"Per damna, per cœdes, ab ipso
Ducit opes animumque ferro.
Non Hydra secto corpore firmior.—*Hor.*"

Aun se oye en el lenguaje, se muestra en las costumbres, se respira en el ambiente, nos sale de continuo al encuentro y nos rodea por todas partes.

Aun rige á los buenos, avergüenza, si no extremece, á los malos, impone á los indiferentes y obra de cien maneras hasta en sus mortales enemigos.

Y es que sucede con las naciones políticamente apóstatas, ya se detengan en la engañifa del protestantismo, ya se despeñen por el derrumbadero racionalista á un deísmo vergonzante, que á nadie contenta, ni á los hijos de Dios ni á los del diablo; ó sea que de conclusión en conclusión se precipiten al abismo de todas las negaciones religiosas, al ateísmo puro; pasa, digo, con ellas, lo que suele pasar con los apóstatas particulares, lo que miraba en sí mismo con extrañeza, y dejó escrito uno que yo conocí, Ernesto Renan: que al que fué de veras creyente, hombre ó pueblo, sigue gobernándolo incrédulo la fe perdida. *Au fond je sens que ma vie est toujours gouvernée par une foi, que je n'ai plus. La foi a cela de particulier que, disparue, elle agit encore.* ²

1. "Tal como el roble añoso,
Que en la alta cima del feraz Algido
Del ramaje pomposo
Despoja la segur, y de ella herido
Nuevo vigor recibe
Y con pompa mayor brota y revive."

2. Souvenirs d'enfance. Le Broyeur du lin.

Cierto es que á los maestros oficiales impiden las leyes enseñar el Catecismo en las escuelas, pero fuera no se lo impiden; y donde no coarta la ley, campea la libertad, «poderío, que ha todo ome naturalmente de facer lo que quisiere, solo que fuerza de ley ó de fuero non gelo embargue.»¹

El cual poderío á nadie lo embarga en el presente caso ley ninguna de Méjico, antes lo afianza en todos amplísimo la fundamental de la República. «La manifestación de las ideas no puede ser objeto de ninguna inquisición judicial ó administrativa:» así lo proclama la Constitución Federal bajo el transfretano y copiado título de «Derechos del Hombre.»

De temer es que en tal ó cual ocasión no los respete algún taimado tiranuelo, que al maestro católico fiel á su conciencia trate de circunvenir y dañar, ejerciendo contra él venganzas con sobrenombre de justicias; pero excepciones de este género, raras en todas partes, casi nunca se verán en los campos, donde la atmósfera moral suele ser no menos sana que la física, y donde no abunda como en las ciudades la vil y odiosa ralea de los denunciadores.

4º Pongo en cuarto lugar á las congregaciones religiosas, y á las piadosas libres, especialmente consagradas á este santo ejercicio.

Abro, por ejemplo, las constituciones de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, y leo: «Siendo la irreligión el enemigo principal de la santificación de las almas, nuestro principal ob-

1. Definición de la libertad en las Partidas.

jeto será combatirlo por medio de la enseñanza de la doctrina cristiana.»² Y más adelante: «Teniendo esta congregación por principal objeto la propagación de la instrucción religiosa, no cabe duda que debe consagrarse, con el mayor empeño, á la fundación de escuelas gratuitas para pobres.»³

Miro el Reglamento de la Sociedad Católica de Señoras, y hallo escrito: «El fin particular de esta asociación es enseñar á los niños y niñas pobres los rudimentos de la doctrina cristiana.»³ Y la estadística oficial impresa y publicada el año último registra no menos de ciento setenta y seis sociedades de esta congregación en la república mejicana; veinte de ellas en la sola diócesis de Méjico. ¡Veinte sociedades y de tan piadosas é influentes damas! Con menos ayuda humana se atrevió el navarro Francisco de Javier á emprender la conquista espiritual de medio mundo.

Consulto el «Reglamento General de la Sociedad Católica de la Nación Mexicana,» y en el primer capítulo me encuentro con estas disposiciones. «Art. 4º Los medios ordinarios que la Sociedad emplea para alcanzar su fin, son: 1º La enseñanza de la doctrina cristiana en los templos, hospitales, cárceles, fábricas y talleres. 2º El establecimiento de nuevos colegios y escuelas, ó la cooperación en los ya establecidos para enseñar en ellos, además de los otros ramos de sana instrucción, la Religión Católica.»

Pero aún no he concluído de enumerar los principales elementos de esta cuarta categoría.

1. Iª P. c. I. a. 2.—2. III P. c. I. a. I.—3. I. P. art. II.

Otras juntas de señoras puede haber ó religiosas ó libres, que sin haberse propuesto como fin principal de su institución la enseñanza del Catecismo, hayan dejado en los estatutos lugar como en blanco para darle cabida, llegada la ocasión, entre las obras buenas que expresamente eligieron, y luego un día la adoptan oficialmente; por donde tales asociaciones como estas vienen á ser análogas y aun semejantes á las dos mencionadas arriba, es decir, á las religiosas guadalupanas y á las Señoras Católicas. Tal es el caso de las Hijas de María, florentísima congregación en esa diócesis, que han fundado y sostienen dos escuelas á cual más frecuentadas y útiles; y la una pagan, y en la otra, además de pagar enseñan. Ejemplo hermoso, que ha empezado á imitar, si bien de lejos, la asociación de San Luis Gonzaga, doble constelación, en la que la misericordia divina se ha servido reunir la más pura y brillante luz de la juventud de Méjico; los donceles, que aspiran á caballeros, y las doncellas, que anhelan por semejar á los ángeles.

Hé aquí, pues, en esta sola sección por lo menos cinco numerosas falanjes de catequistas.

Muchas son y hacen mucho en la guerra de la luz contra las tinieblas, del cielo contra el infierno; pero al fin no tanto como de tan escogida y noble gente pudiera esperarse.

Empezando por las religiosas guadalupanas, conviene advertir que su instituto no es como quiera escuela de Catecismo, sino además un verdadero plantel de maestras, que lo aprenden y saben enseñarlo á maravilla. Aprenden también

la costura, la cocina, á lavar y planchar, y cuantas habilidades han menester para el gobierno de sus casas las hijas del pueblo; todo esto mejorado con suficientes conocimientos de escritura y aritmética, embellecido con las reglas y práctica de fina y cristiana urbanidad, y, en fin, como vivificado y asegurado merced á una excelente educación religiosa. ¿Por qué, pues, no han de utilizarse las aptitudes catequísticas de estas pobres huérfanas, ya en las haciendas y ranchos, al servicio de señoras graves y probadas; ya en las ciudades, á expensas y bajo la dirección de las congregaciones?

Quien quisiere saber minuciosamente lo que pueden dar de sí en frutos de sólida, piadosa y adecuada instrucción, y á cuán ruin costa; cerca de Méjico tiene medio fácil de averiguarlo, en las haciendas de Tepexpan pertenecientes al Sr. D. Pedro Escudero.

En cuanto á las Señoras Católicas, las Hijas de María, y la juventud seguidora de San Luis Gonzaga—lo diré con íntimo respeto y la cabeza descubierta—aunque ciertamente no faltan allí ni buenos deseos ni acciones buenas, ¡qué de talentos hay enterrados! ¡qué de tesoros inútiles! Tesoros de tiempo, riqueza principal de la vida, que suelen consumirse malbaratándolos, no en mal ninguno, pero sí en naderías estériles; tesoros de instrucción religiosa, luz de las buenas luces, que esconden bajo el celemín, contradiciendo la enseñanza de Jesucristo; tesoros de amor de Dios que guardan muy guardados, sin pensar en socorrer con ellos á tantos sin ventura que no le

Otras juntas de señoras puede haber ó religiosas ó libres, que sin haberse propuesto como fin principal de su institución la enseñanza del Catecismo, hayan dejado en los estatutos lugar como en blanco para darle cabida, llegada la ocasión, entre las obras buenas que expresamente eligieron, y luego un día la adoptan oficialmente; por donde tales asociaciones como estas vienen á ser análogas y aun semejantes á las dos mencionadas arriba, es decir, á las religiosas guadalupanas y á las Señoras Católicas. Tal es el caso de las Hijas de María, florentísima congregación en esa diócesis, que han fundado y sostienen dos escuelas á cual más frecuentadas y útiles; y la una pagan, y en la otra, además de pagar enseñan. Ejemplo hermoso, que ha empezado á imitar, si bien de lejos, la asociación de San Luis Gonzaga, doble constelación, en la que la misericordia divina se ha servido reunir la más pura y brillante luz de la juventud de Méjico; los donceles, que aspiran á caballeros, y las doncellas, que anhelan por semejar á los ángeles.

Hé aquí, pues, en esta sola sección por lo menos cinco numerosas falanjes de catequistas.

Muchas son y hacen mucho en la guerra de la luz contra las tinieblas, del cielo contra el infierno; pero al fin no tanto como de tan escogida y noble gente pudiera esperarse.

Empezando por las religiosas guadalupanas, conviene advertir que su instituto no es como quiera escuela de Catecismo, sino además un verdadero plantel de maestras, que lo aprenden y saben enseñarlo á maravilla. Aprenden también

la costura, la cocina, á lavar y planchar, y cuantas habilidades han menester para el gobierno de sus casas las hijas del pueblo; todo esto mejorado con suficientes conocimientos de escritura y aritmética, embellecido con las reglas y práctica de fina y cristiana urbanidad, y, en fin, como vivificado y asegurado merced á una excelente educación religiosa. ¿Por qué, pues, no han de utilizarse las aptitudes catequísticas de estas pobres huérfanas, ya en las haciendas y ranchos, al servicio de señoras graves y probadas; ya en las ciudades, á expensas y bajo la dirección de las congregaciones?

Quien quisiere saber minuciosamente lo que pueden dar de sí en frutos de sólida, piadosa y adecuada instrucción, y á cuán ruin costa; cerca de Méjico tiene medio fácil de averiguarlo, en las haciendas de Tepexpan pertenecientes al Sr. D. Pedro Escudero.

En cuanto á las Señoras Católicas, las Hijas de María, y la juventud seguidora de San Luis Gonzaga—lo diré con íntimo respeto y la cabeza descubierta—aunque ciertamente no faltan allí ni buenos deseos ni acciones buenas, ¡qué de talentos hay enterrados! ¡qué de tesoros inútiles! Tesoros de tiempo, riqueza principal de la vida, que suelen consumirse malbaratándolos, no en mal ninguno, pero sí en naderías estériles; tesoros de instrucción religiosa, luz de las buenas luces, que esconden bajo el celemín, contradiciendo la enseñanza de Jesucristo; tesoros de amor de Dios que guardan muy guardados, sin pensar en socorrer con ellos á tantos sin ventura que no le

aman, porque no saben, y no saben, porque nadie se lo enseña; tesoros en fin de simpatía, de ascendiente, de valimiento, de influencia social, que dejan como evaporarse y desvanecerse sin fruto, ni para su propia eternidad ni para la de sus infelices hermanos.

Tantas fuerzas ahora inertes, podrían ser, y espero en Dios y en V S I que un día lo serán, irresistible palanca, no soñada como la del ingeniero de Siracusa, sino real, verdadera y bastante á levantar muy alto el nivel religioso y moral de la diócesis.

Y en todo caso, ¿quién ni qué veda que de las congregaciones en este párrafo alabadas y de cuantas se les parecieren, digamos por deseo de su mayor bien y del bien del prójimo, y de la gloria de nuestro Rey y Maestro Jesucristo, lo que arriba se dijo del clero: *qui sanctus est sanctificetur adhuc?*

Como muestra de lo que pudieran hacer las damas en pro del Catecismo, no enseñando ni dando, sino poniendo en juego su prestigio, indicaré un abuso de estos erigidos en leyes, harto común en algunas regiones de la república, abuso que á ellas en especial pide remedio.

Hablo con un muchacho del pueblo, con un obrero del campo:

—¿Cuántos años tienes?

—¡Quién sabe, padrecito! Mi mamá dice que tengo veintidós.

—¿Y cuántos hace que recibiste la primera comunión?

—No me he confesado nunca, padrecito, porque no sé la doctrina.

—Algo sabrás, siquiera el Padre nuestro, el Credo, los Mandamientos....

—No, padrecito, casi sabía el Padre nuestro, pero ya lo he olvidado.

—Y ¿por qué no aprendes la doctrina?

—No se puede, padrecito. Trabajamos todo el día, volvemos cansados á la noche, y no hay quien nos enseñe.

—¿Y los domingos?

—Los domingos apenas hay tiempo de oír misa. Tenemos la faena, y después....»

Hablo con el señor cura de una parroquia rural:

—«Padre, me encuentro en estas haciendas con muchos adultos que nunca se han confesado y que ignoran hasta las primeras oraciones. Otros viven como Dios no quiere, y se excusan diciendo que no se pueden casar porque no saben la doctrina cristiana. ¿No hay manera de enseñársela?»

—Señor, en la parroquia la enseño, pero en las haciendas hasta el cumplimiento pascual es difícil. Además de eso, ó no hay escuelas, ó no se cuida de que asistan los niños; y á los adultos no les dejan lugar sus amos ó los dependientes.

—Pero ¿y los domingos?

—Los domingos de buena gana me pondría á enseñarles el Catecismo después de misa, cuando hay misa, sino que la faena....»

—¡Maldita faena! Te maldice Dios, te maldicen los más sabios economistas y hasta Proudhon te maldice. En otros lugares, ¡qué pronto daría con-

tigo en tierra y en vergonzoso descrédito una liga de señoras!

¡Pero qué! ¿No hay buenas señoras en Méjico? Las hay á millares, y tales conozco, que ni en claridad de entendimiento, ni en nobleza de alma, ni en generosidad de corazón, ni en ninguna virtud, van en zaga á las mejores que en mi vida he visto. ¿Pues qué les falta para obrar, ya que tanto valen y pueden? Dos cosas les faltan, que luego explicaré, y ahora solamente indico: organización é impulso.

Cuando eso tengan, no se detendrán en el abuso que he dicho, sino que, pasando adelante, acabarán por lo menos con otro, que acompaña al de la faena, y tan opuesto como ella á la instrucción religiosa de los obreros del campo.

Ganan éstos muy escaso jornal, tan escaso, que no se comprende cómo puede bastarles. Para ayuda de costa les suelen dar sus amos lo que llama el indio *piojal* ó *peojal*; *pehujal* sus jefes más atildados, los puristas de las haciendas; pegujares y pegujales la lengua castellana. Recuerdo que hay en la 1ª Partida una ley con esta rúbrica: «Qué cosa es pegujar e donde tomó este nome.»

Paga, y á mi entender no justa, del pegujal es la faena, una cuarta parte del domingo, que el usufructuario debe emplear en servicio del dueño, siempre que éste lo exija.

«No justa» escribí, porque los treinta y más dependientes, de diferentes haciendas y regiones, que he ido consultando sobre el particular, me han dicho á una, y sin dudas ni ambages, que el jornal ordinario de los peones agrícolas no es en

manera alguna equitativo, sino inferior con mucho al trabajo; de tal modo, que no llegaría á ser lo que debe, aunque se diesen encima los pejugares á los peones asíduos, y además tiempo suficiente en los días de labor para cultivarlos, es decir, el número de horas que en esto emplean los domingos.

Algunos de mis consultores, al empezar á responderme, se reían, como quien prevé que va á decir una perogrullada.

Harto sabe V S I que no rfe de ello la Sagrada Escritura: *Panis egentium vita pauperum est: qui defraudat illum, homo sanguinis est. Qui aufert in sudore panem, quasi qui occidit proximum suum. Qui effundit sanguinem et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt.*¹ Muy serio me parece este lenguaje, y á lo solemne de las palabras añade gravedad la variada pero siempre severa repetición del mismo concepto.

Decíanme además los dependientes, circunstancia muy de notar, que esas pocas horas semanales no causarían á los amos perjuicio ninguno de importancia; y que por ende las podrían fácilmente ceder sin sensible sacrificio.

Págase, pues, el pegujar con la faena, y acabada ésta, emplea el obrero en el cultivo de aquel lo que le resta del domingo.

Resultan de aquí dos males, unidos entre sí y á cual peores.

1. «El pan de los pobres es la vida de ellos; y quien se lo quita es un hombre sanguinario. El que merma el pan ganado con el sudor, es como el que asesina á su prójimo. El que derrama la sangre del prójimo y el que defrauda al obrero, son hermanos.»—*EccI.* XXXIV.

El primero y radical es no santificar las fiestas, con escándalo que poco á poco borra en la gente la idea de esta gran ley divina, y engendra la costumbre de menospreciarla.

No la menospreciarían, si bien la conociesen. Y de cierto, ¡qué sublime y amable grandeza la de la ley sabática por donde quiera que se la mire: qué tono tan noble, qué paternal cuidado de la infeliz humanidad, qué solicitud en favor del pobre y del oprimido; y por otra parte, qué severidad en el precepto, qué precauciones, cuánto detalle, qué insistencia, y, por decirlo así, qué intensidad en el querer del legislador; qué amenazas! *Septimo die non facies omne opus in eo tu et filius tuus, et filia tua, et servus tuus, et ancilla tua, et advena qui est intra portas tuas.* Esto en el Sinaí.¹ En la segunda promulgación añade Moisés: *Ut requiescat servus tuus et ancilla tua sicut et tu;*² y luego este rasgo tantas veces aplicable, y harto más expresivo que el *non ignara mali* del poeta: *Memento quod et ipse servieris.* Viene después la definición, que el Señor da de su propia ley, ennobleciéndola y aun transformándola á los ojos del pueblo: *Signum est inter me et vos.... Signum perpetuum.... Pactum sempiternum.* Sigue una sanción terrible, tres veces promulgada: *Qui polluerit illud, morte moriatur. Qui fecerit in eo opus, peribit anima illius de medio populi. Omnis, qui fecerit opus in hac*

1. "El séptimo día ningún trabajo harás tú en él: ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni el forastero que habita dentro de tus puertas."—*Ex. XX.*

2. "Para que como tú mismo, descansen también los que te sirven."—*Deut. V,*

die, morietur. Y sobre todo eso, el trueno de la Majestad Omnipotente: *Ego Dominus.*³

Por desgracia de nuestra miserable condición contra este supremo señorío del que lleva bordado en su vestidura *Rex regum et Dominus dominantium;*⁴ álzase no pocas veces la fatuidad de la riqueza y lo pone en tela de juicio: *Divitias ne dederis mihi, ne forte siciatus illiciar ad negandum et dicam: quis est Dominus?*⁵ Y asimismo está en contra el orgullo humano, que al predicador externo ó interno de la ley responde tal vez, como el *infeliz* Nicanor á los judíos: "¿Con que hay en el cielo un Dios vivo y poderoso, que manda no trabajar el día de fiesta? Pues yo también soy poderoso en la tierra y mando que se trabaje." *Et ego potens sum super terram, qui impero sumi arma et negotia regis impleri.*⁶

El otro mal, que parece más de nuestro caso, va directamente contra la enseñanza del Catecismo; y en el campo y para los adultos, la estorba cuando no la suprime. Aunque sobren catequistas deseosos de enseñar, y deseo ardiente de aprender en los ignorantes, poco aprovecharán tan buenas disposiciones, si no les permite obrar la falta de tiempo; y no haberlo cuando únicamente puede enseñar el maestro, ó escuchar

1. "Monumento es este entre mí y vosotros, monumento perpetuo, pacto sempiterno. El que lo violare, muera de muerte. El que trabajare en ese día, perecerá de en medio del pueblo. Cualquiera que en ese día trabajare, lo pagará con la vida. Yo el Señor."—*Ex. XXXI.*

2. "Rey de los reyes y Señor de los señores."—*1ª Tim. Apoc. Deut.*

3. "No me deis riquezas, no sea que, viéndome rico, me tiente el orgullo á negar y diga: ¿Quién es el Señor?"—*Prov. XXX.*

4. *Macab.*, cap. últ.

el discípulo, es no haberlo en ninguna manera.

Así es que, desde el brillante informe del Conde de Montalembert á la Asamblea Nacional, y la *conspiration en plein soleil* del P. Felix para restituir á Dios y á los hombres el domingo, cuantos publicistas han escrito seriamente sobre la materia, han puesto de relieve la conexión íntima, que existe entre la celebración legítima del día del Señor y la instrucción religiosa del pueblo. Dígalo por todos el egregio Conde, ya que por casualidad tengo su informe delante de los ojos: *Savez-vous, Messieurs, quel est le grand et implacable ennemi de l'instruction du peuple? C'est le travail du dimanche; c'est le travail sacrilège qui le condamne à l'ignorance, qui lui interdit toute culture sérieuse et féconde de l'esprit et du cœur. Lui ravir le repos des jours saints, c'est lui ravir la connaissance de ses devoirs et de ses droits, pour l'asservir aux seules exigences de la vie animale, c'est lui dérober les moyens de connaître la lumière, qui peut le consoler en l'éclairant; c'est lui fermer l'accès des sanctuaires, où l'homme a sans cesse besoin de retrouver la doctrine, qui lui apprend à respecter la religion. Supprimer le dimanche c'est donc, en fait, et pour la plupart des ouvriers, supprimer l'instruction, en rendant impossible le plus important de tous les enseignements, le seul permanent et le seul vraiment indispensable.*

Mas no es de extrañar que lo viera claro un tan buen entendimiento, ni que lo sintiera profundamente un tan noble y cristiano corazón, ni

que tan bien lo expresara una tan ática elocuencia: lo extraño es que coincida con el autor de *Los Monjes de Occidente* el de *La Justice dans l'Eglise et dans la Révolution*, un enemigo jurado y rabioso del catolicismo, Proudhon, el impísimo Proudhon, de quien decía Donoso ¹ que «sin salir de la tierra estaba ya en el infierno;» sin duda como Frate Alberigo y los demás traidores de la Tolomea, cuyas almas, según imaginó el sublime Dante, morían ya de eterna muerte en el hielo del Cocito, mientras andaban aún por este mundo sus cuerpos con sendos demonios por almas.

Pues este Proudhon, este condenado vivo, en su memoria *De la célébration du Dimanche*, que compuso para un certamen propuesto por la Academia de Besanzon, sostiene que *Le premier resultat et le plus important de tous de la loi sabbatique, est l'instruction, et quelle instruction! celle de la religion et de la morale.*

Pero es curioso de ver cómo explana y prueba su tesis, y cómo á vueltas de tal cual blasfemia y de no pocas herejías, pues al cabo era Proudhon quien disertaba, enseña á los cristianos á ser más fieles observadores de la ley del domingo; y á los ricos á ser caballeros, si, como presumo, la esencia de la caballerosidad, la hidalguía de buena ley, consiste en la voluntad resuelta y constante de mantener en todo evento los derechos de Dios y los fueros de los débiles.

Cuando leo su obrilla, me parece oír exclamar al águila de Hipona: *O grandis christianorum*

*miseria! Ecce pagani doctores fidelium facti sunt;*¹ ó al bárbaro entre los bárbaros Atila, dar, como daba, lecciones de dignidad y de derecho de gentes al degenerado Teodosio el del Código.²

En Europa este desorden del domingo ya en muy gran parte lo han remediado la caridad y la energía de las damas, bien encaminadas por los directores natos de este linaje de empresas; y no se me alcanza por qué razón las damas de acá no podrían hacer en nuestro caso tanto ó más que las de Europa.

Dos mejicanas, ambas piadosísimas y cultas, me preguntaban no há mucho, «á qué fin conserva todavía el Catecismo de Ripalda en la lista de las obras de misericordia, la de redimir al cautivo, no habiendo ya cautivos.» No sabían ellas que todavía los hay en todo el rigor de la palabra; aunque acertaban al pensar que ya no debe de haberlos en los famosos *baños* de Argel. Yo he visto uno por uno los que aún quedan, y en sus paredes interiores las argollas de hierro, testigos de tantos y tan inmensos dolores, clavadas y fuertes, si bien cubiertas de herrumbre; pero, á decir verdad, cautivos no ví ninguno. En cambio lejos de Argel los he visto de varias suertes en muchas partes; cautivos que piden se mantenga en su ser la antigua lista de las obras de misericordia; y cautivos que las damas podrían libertar sin necesidad de sujetarse á las heroicas reglas de San Juan de Mata ó de San

1. “¡Oh indecible miseria la de los cristianos! He ahí que los paganos son ya maestros de los fieles.”

2. *Priscus Panites.*

Pedro Nolasco; sin sufrir cruelmente por redimirlos como San Ramón Nonnato y San Pedro Armengol; y hasta sin quitarse los guantes ni dejar el abanico.

¿Hubo jamás en Argel mazmorra tan negra, tan encogida y tan triste, como la que envuelve á las almas ignorantes del Evangelio, privadas de la luz de la fe, de la holgura de la esperanza, y de la alegría que brota de la amistad y unión con Jesucristo? Y tales almas ¿no abundan? ¿No las tienen cerca, muy cerca las señoras, muchas al alcance de su voz, muchas más en la esfera de su prestigio? ¿Y qué costaría rescatarlas? Quererlo, sólo quererlo.

No será superfluo hacer aquí una advertencia, que deseo valga también para cuando más adelante me queje de la inhumana, opresora y feroz codicia. De la codicia digo y no de los codiciosos, aleccionado por las tan sabidas reglas de San Agustín: *Diligite homines, interficite errores. Homines bonos imitare, malos tolera, omnes ama.*¹

La advertencia es, que según mi entender y mi intención, no hay en lo que ya he propuesto, ni habrá, quiéralo Dios, en lo demás que proponga, entendido como se debe y practicado como corresponde, nada que pueda alarmar al más tímido, nada capaz de poner en condición, ó el orden público, ó el bienestar doméstico, ó los tesoros de los cultivadores, ó las cajas de los negociantes; pues no se trata de agitar, sino de pacificar,

1. “Amad á los hombres, matad los errores. Imita á los buenos, tolera á los malos, y á todos ama.”

que esa es la paz verdadera, *tranquillitas ordinis*,¹ ni de quitar, sino de pedir; y no en nombre de alguna idea nueva, candente, preñada de tempestades, sino invocando el nombre del divino Reconciliador de los hombres entre sí y de la tierra con el cielo; ni se piden bienes para los cuerpos, sino para las almas; ni mucho, sino muy poco, ni con desaforados gritos de enfurecidas pasiones, sino en voz callada y amiga, como de caritativa y discreta mansedumbre. No alcanzo á ver por qué sería ilícito ni peligroso decir blandamente al hacendado, al rico, al magnate, sea quien fuere, algo semejante á lo que dijo al patriarca el rey de Sodoma: *Da, imo redde, restitue Deo saltem animas, quandoquidem cetera tollis tibi.*²

Basta lo que apunté sobre la *faena* y los *pegujares* para dejar entrever cuánto pueden ayudar, si quieren, las señoras á la civilización cristiana del abandonado pueblo, ya removiendo obstáculos, ya fomentando favorables tendencias, sin otra contribución que la de su casi omnipotente influjo.

Abusos análogos, sin mucho indagar, los hallarán en todas partes: en las fábricas, en las oficinas, en las tiendas de comercio y quién sabe si hasta en la portería, ó en la cocina, ó en las buhardillas de sus mismas casas.

Continuemos buscando maestros de doctrina cristiana.

1. S. Aug. De civ. Dei.

2. "Da, devuelve, restituye á Dios siquiera las almas, ya que todo lo demás te lo llevas."

Si nos atuviéramos á lo que hasta ahora hemos examinado, resultaría que en las religiosas guadalupanas y en las Señoras Católicas empieza y acaba el profesorado auxiliar existente y verdadero del Catecismo, con que se puede contar en la diócesis; hablando á lo humano de este soberano magisterio, y salvos los derechos de la única maestra con títulos divinos, *ut castrorum acies ordinata*, como dijeron de ella los padres de Trento.

El socorro de los estudiantes seminaristas y el de los profesores de instrucción primaria no pasan todavía de plan y deseos. El de las Hijas de María, aunque de buen oro, por lo escaso es pobre; y aún vale menos el de las congregaciones de San Luis Gonzaga, amago más bien que realidad de auxilio. Todo junto flaca y no suficiente ayuda.

Por dicha, donde acaba la enseñanza profesional, la de mayor á menor, comienza la de igual á igual, ó la mutua; y aquí sí que no pueden faltar catequistas.

No tengo por muy fácil tarea dirigir atinadamente una escuela de doctrina cristiana, en especial si se ha de seguir el gran método, el de San Agustín, del cual el de Claudio Fleury es incompleta y descolorida imagen; aunque tampoco la creo tan dificultosa, que no se pueda encomendar, como al doctísimo Thomassin parece, sino á maestros de consumada ciencia: *Nisi eximia eruditionis viris?*¹

Pero por más árdua que se quiera suponer la

1. Vet. et nov. Ecl. dis.

enseñanza magistral y plena del Catecismo, no hay duda que es sobremanera fácil ayudar á enseñarlo. No requiere este oficio los talentos de un Bossuet ó de un Balmes: menos, muy poca ciencia basta; y en el más reducido grupo de familias se hallará casi siempre uno ú otro sujeto que la posea. Si no lo hubiere, tampoco exige mucho tiempo ni gran trabajo enseñar lo suficiente á dos ó tres, los más despiertos del grupo.

Y si el saber necesario es tan fácil de adquirir, á fe mía que no lo es menos el arte de transmitirlo. *Tritissima via* llamaba San Agustín al usado en su tiempo, y es sin comparación más conocido y trivial el que deben seguir en el nuestro los simples repetidores. Por eso llega á ser tan eficaz, bien ordenada, la enseñanza mutua del Catecismo. Todo lo puede abarcar, la ciudad y la aldea, la granja y el rancho.

En uno de los más escondidos del estado de Veracruz me encontré, cuando menos lo esperaba, con una limpia y frecuentada escuela de aseados niños,

“Rara avis in terris alboque simillima corvo,”¹

fundación espontánea de la pobre mujer de un simple obrero, que había sacado del Apostolado de la Oración ideas, caridad y ardimiento para tal empresa.

El celoso é infatigable párroco de Cholula, Sr. D. Agustín Rojas, ha establecido por ese método hasta quince escuelas de doctrina cristiana en su desparramada feligresía, é inventó medios de

1. Ave muy rara en el mundo,
Semejante á un cuervo blanco.

hallarse presente de algún modo en todas ellas; pues ha logrado que empiecen las lecciones á la hora misma, en que las empieza él dentro de su iglesia parroquial; y saben repetidores y discípulos que tal día fijo del mes llegará sin remedio el señor cura, examinará cuidadosamente á los niños, y á todos pedirá menuda cuenta del tiempo.

En el «Manual Diocesano» de Puebla, edición del Sr. D. José Victoriano Covarrubias, ví esta *nota*, que es todo un plan de enseñanza mutua: «Los curas de los indios tengan particular cuidado de enseñarles todo lo necesario para formar un perfecto cristiano, haciendo acudir á los pequeños á la parroquia todos los días, para que se les enseñe las oraciones; y señalando alguno ó algunos indios ancianos, para que acudan á enseñarles, y reconociendo los párrocos por sí mismos el aprovechamiento que tienen de ellas.»¹

No más claro, pero más desmenuzado anda escrito el mismo procedimiento en el «Reglamento de la Comisión de Doctrina de la Sociedad Católica para la enseñanza de niños.» Es pieza notable, y voy á extractarla. «Art. 2º Será *conveniente*—yo lo subrayo—*tener un padre catequista; pero si no lo hay, puede establecerse la doctrina* con el número suficiente de socios. Art. 5º Se colocarán los niños en grupos, según lo que sepan, y repasarán el texto de la Doctrina por el P. Ripalda, presididos de los socios; pero *si éstos no son suficientes, se pondrán á los niños* más adelantados y circunspectos con sus grupos respectivos, dando la instrucción con el

1. Pág. últ.

enseñanza magistral y plena del Catecismo, no hay duda que es sobremanera fácil ayudar á enseñarlo. No requiere este oficio los talentos de un Bossuet ó de un Balmes: menos, muy poca ciencia basta; y en el más reducido grupo de familias se hallará casi siempre uno ú otro sujeto que la posea. Si no lo hubiere, tampoco exige mucho tiempo ni gran trabajo enseñar lo suficiente á dos ó tres, los más despiertos del grupo.

Y si el saber necesario es tan fácil de adquirir, á fe mía que no lo es menos el arte de transmitirlo. *Tritissima via* llamaba San Agustín al usado en su tiempo, y es sin comparación más conocido y trivial el que deben seguir en el nuestro los simples repetidores. Por eso llega á ser tan eficaz, bien ordenada, la enseñanza mutua del Catecismo. Todo lo puede abarcar, la ciudad y la aldea, la granja y el rancho.

En uno de los más escondidos del estado de Veracruz me encontré, cuando menos lo esperaba, con una limpia y frecuentada escuela de aseados niños,

“Rara avis in terris alboque simillima corvo,”¹

fundación espontánea de la pobre mujer de un simple obrero, que había sacado del Apostolado de la Oración ideas, caridad y ardimiento para tal empresa.

El celoso é infatigable párroco de Cholula, Sr. D. Agustín Rojas, ha establecido por ese método hasta quince escuelas de doctrina cristiana en su desparramada feligresía, é inventó medios de

1. Ave muy rara en el mundo,
Semejante á un cuervo blanco.

hallarse presente de algún modo en todas ellas; pues ha logrado que empiecen las lecciones á la hora misma, en que las empieza él dentro de su iglesia parroquial; y saben repetidores y discípulos que tal día fijo del mes llegará sin remedio el señor cura, examinará cuidadosamente á los niños, y á todos pedirá menuda cuenta del tiempo.

En el «Manual Diocesano» de Puebla, edición del Sr. D. José Victoriano Covarrubias, ví esta *nota*, que es todo un plan de enseñanza mutua: «Los curas de los indios tengan particular cuidado de enseñarles todo lo necesario para formar un perfecto cristiano, haciendo acudir á los pequeños á la parroquia todos los días, para que se les enseñe las oraciones; y señalando alguno ó algunos indios ancianos, para que acudan á enseñarles, y reconociendo los párrocos por sí mismos el aprovechamiento que tienen de ellas.»¹

No más claro, pero más desmenuzado anda escrito el mismo procedimiento en el «Reglamento de la Comisión de Doctrina de la Sociedad Católica para la enseñanza de niños.» Es pieza notable, y voy á extractarla. «Art. 2º Será *conveniente*—yo lo subrayo—*tener un padre catequista; pero si no lo hay, puede establecerse la doctrina* con el número suficiente de socios. Art. 5º Se colocarán los niños en grupos, según lo que sepan, y repasarán el texto de la Doctrina por el P. Ripalda, presididos de los socios; pero *si éstos no son suficientes, se pondrán á los niños* más adelantados y circunspectos con sus grupos respectivos, dando la instrucción con el

1. Pág. últ.

Catecismo en la mano. Art. 8º Cuando no haya un padre catequista, el socio que preside leerá la explicación de la Doctrina por el P. García Mazo, el Catecismo del abate Gaume ú otro autor aprobado por la Iglesia y designado por la Comisión.» Miel sobre hojuelas son estos artículos; mas no paran ahí los alientos de la Comisión, que ojalá fuesen los de todo catequista letrado, ó siquiera los de todos los pechos sacerdotales. Continúa, pues, el Reglamento y dice: «Art. 10 A los niños que hayan concluído el Catecismo, se les enseñará la explicación del Credo por Cliquet, la *Religión Demostrada* por Balmes, y la explicación del Santo Sacrificio de la Misa por algún autor aprobado por la Iglesia.» Bendiga Dios y prospere y colme de ventura á esa valerosa «Comisión de la Doctrina.» No conozco á uno solo de sus miembros.

Finalmente, en los historiadores de las cosas de Méjico he visto que siglos antes de la envenenada disputa entre el anglicano Andrés Bell y el cuáquero José Lancaster, sobre cuyo era el descubrimiento de este método, ya lo practicaban aquí los misioneros españoles en grande escala y con opimos frutos. ¿Qué mucho, si el sistema es tan antiguo como la misma sociedad, y tan inseparable del comercio humano, que aun enseñando se aprende, y el más insigne maestro aprende del más negado alumno?

Acertado estuve por cierto en advertir al principio que no diría nada nuevo, nada que en Méjico no se supiera y practicara. «*Novissimus evigilavi, et quasi qui colligit acinos post vinde-*

miatores.»¹ Lástima no me cuadre lo que sigue del texto.

5º Prosiguiendo ahora el examen de los centros de acción y elementos de toda suerte, que podrían cooperar á la pronta y cabal evangelización de los ignorantes; paréceme que después del clero, los estudiantes seminaristas, los profesores de instrucción primaria y las congregaciones, ó religiosas ó piadosas libres, instituídas *ad hoc*; toca su turno á las puramente caritativas. De éstas, cuantas hubiere, no dudo que secundarán á porfía la iniciativa de su Prelado; y es natural que así lo hagan.

¿Qué necesidad conocemos ni más grave ni, mirada en globo, más urgente que la ignorancia de lo que es preciso no ignorar para salvarse?

Una tal miseria viene á ser hambre, sed, desnudez, enfermedad y cautiverio, todo junto; y no del cuerpo vil, sino del alma «poco inferior á los ángeles,» ni de efímeros, sino de perdurables resultados. ¿Por qué, pues, los que buscan su perfección en la práctica de la caridad, no ayudarían á remediar tan imponderable desventura, ó con auxilios pecuniarios ó enseñando, ya fuera personalmente, ya por medio de sustitutos? Las calamidades públicas suelen entrar como por derecho común en los programas de toda sociedad caritativa; ¿y no entrará ésta, que sobre todas lo merece, siquiera por ser más calamidad y más pública que otra alguna?

1. «Llegué el último, casi como quien racima tras de los vendimiadores.»—*Ecl.* XXXIII.

6º En sexto lugar creo que también podría contarse con el apoyo de las cofradías, asociaciones y congregaciones aún no indicadas en este proyecto, cualesquiera que sean sus peculiares fines. Que enseñen, si es posible; que den, si no enseñan; y que si ni enseñan ni dan, á lo menos oren. Sabida cosa es, que la oración asídua del justo se cotiza en la bolsa del cielo, muy más alto que en las de la tierra el oro.

Aumentando sus cuidados particulares con este nuevo cuidado, de manera que fuese fácilmente llevadero, la primera ganancia sería para las mismas congregaciones.

Bueno, bonísimo es orar, velar, oír la palabra divina, comulgar á menudo, ¿quién lo duda? y no ignoro que *Unusquisque proprium donum habet ex Deo, aliis quidem sic, aliis vero sic;*¹ pero también es cierto que no ha dicho de estas obras el Señor como de las de caridad: *Hæc est enim lex et propheta.*² La misma preferencia les da el Apostol: *Omnis enim lex in uno sermone impletur, diliges proximum tuum sicut te ipsum*³ y el discípulo amado: *Hæc est annuntiatio, quam audistis ab initio, ut diligatis alterutrum;* y aún más resueltamente en aquel como testamento suyo, que ancianísimo, y por eso incapaz de discursos más largos, repetía á sus discípulos de Efeso hasta aburrirlos: *Filioli, diligite alterutrum. Præceptum Domini est, et si solum fiat*

1. "Cada uno tiene de Dios su don propio, quién de una, quién de otra manera."—1º Cor.

2. "A esto se reducen la ley y los profetas."—Matt. VII.

3. "Toda la ley se encierra en este precepto: amarás á tu prójimo como á tí mismo."—Gal. V.

*sufficit.*¹ Ni entran aquellas obras como estas en los terribles considerandos de la sentencia final: *Venite, benedicti.... Discedite a me, maledicti;*² según los reveló nuestro señor Jesucristo y los trae San Mateo.

Ya sé que sabe V S I cuanto voy diciendo mucho mejor que yo, y como para darme lecciones; pero me sería forzoso callar y romper lo escrito, si sólo hubiese de hablar de lo que no sabe mejor que yo V S I. Mi objeto es llamar su atención, distraída por deber á cien graves cuidados, hacia este, á mi entender, sobre todos gravísimo.

En resolución, tengo para mí que no hay junta piadosa de que no se deba esperar fundadamente más ó menos declarada y eficaz ayuda, como de gente más ganosa de bien obrar que el común de los fieles, más disciplinada, más capaz de dirección, más dispuesta á la obediencia.

En abono de esta esperanza pudiera citar algunos ejemplos, aliciente y guía de buenas voluntades, acusación contra perezosos, y vergüenza de tibios y desconfiados.

El párroco de Santo Domingo de la ciudad de Matamoros Izúcar, Sr. D. Esteban Morales, ha sabido convertir el Apostolado de la Oración en apostolado del Catecismo, que lo enseña, no sólo en la iglesia principal, sino también cuatro veces por semana en cada barrio, y además, en cada rancho y en cada aldehuela. Sírvese para esto de los celadores y celadoras, cuya enseñanza re-

1. "Hijitos míos, amaos unos á otros. Es el precepto del Señor, y él sólo bastaría si bien se cumpliera."—S. Hieron., *Comm. in ep. ad. Gal.*

2. "Venid, benditos de mi Padre. . . Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno."—Matt. c. XXV.

sume después de cada lección con más autoridad y mayor luz un sacerdote; menos en los cortijos y lugarejos, donde no es posible hacerlo con tanta frecuencia. Y es de advertir que á las lecciones del Apostolado acuden no pocos jóvenes de ambos sexos, fuera de un increíble número de niños.

Casi lo mismo y más á lo ciudadano hace en Aljojuca, pueblo piadoso si los hay en Méjico, su dignísimo párroco el Sr. D. Ignacio González.

Estos y otros casos prueban qué fruto se puede sacar de cualesquiera congregaciones para la enseñanza del Catecismo; y extendiendo á todas las de una diócesis el procedimiento de Aljojuca y Matamoros, ¿qué faltaría para suplir á la escasez de personal eclesiástico?

7º Llegamos por fin á lo más importante, á la inmensa mayoría, á las personas libres de todo compromiso, si es permitido hablar así; quiero decir, si es posible hallarlas entre fieles seguidores de Jesucristo.

Yo no las hallo, paladinamente lo confieso.

El mandamiento nuevo, el propio del Salvador, el característico de los cristianos es el de amar al prójimo como nos amó nuestro señor Jesucristo. *Mandatum NOVUM do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Hoc est præceptum MEUM, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. IN HOC COGNOSCENT omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*¹

1. "Os doy un mandato nuevo: que os ameís unos á otros, como yo os he amado."—*Joan XIII.*—"Este es mi precepto, que así como yo os amé, os ameís unos á otros."—*Ibid XV.*—*En esto conocerá todo el mundo que sois mis discípulos, si os amáis mutuamente.*"—*Ibid XIII.*

Ahora bien, «amar es amar,» como escribió el gran Bossuet, algo enojado contra ciertas, á su parecer, demasiado sutiles distinciones; y sería amor á lo Caín, no según Jesucristo, mirar con indiferencia á nuestros hermanos, que carecen de la instrucción necesaria para salvarse.

*Num custos fratris mei sum ego?*¹ Caín dijo esta infamia.

No siente así la humanidad en sano juicio, aun la caída y sentada en tinieblas y sombra de muerte.

"Homo sum: humani a me nihil alienum puto."²—(*Ter.*)

Y aunque del Heautontimorumenos á la epístola de San Pablo á Filemón no haya dos siglos en la cronología histórica, en el progreso moral media una distancia enorme, un paso divino. Media lo que va de la razón natural á la revelación evangélica: de la luz que ilumina á las almas racionales, cuantas vienen á este mundo, á esa misma luz hecha carne y que llena de gracia y de verdad habitó entre los hombres.

*Hæc est annunciatio.... ut diligatis alterutrum, non sicut Cain. Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua sed opere et veritate. Si autem frater et soror nudi sunt, et indigeant victu quotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini, non deritis autem quæ necessaria sunt corpori; quid proderit?*³

1. "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?"—*Gen. IV.*
2. "Soy hombre, y nada de lo que es humano me es ajeno."
3. "Esta es la doctrina, que oísteis desde el principio: que os ameís unos á otros, no como Caín. Hijitos míos, no amemos solamente de pa-

Esto es el Evangelio. No la explotación injusta del prójimo, sino con la justicia la beneficencia; no la indiferencia, sino el amor práctico; no el egoísmo sino el *alterismo*, el que ignara ó deslealmente se apropiaba Littré, predicado diez y ocho siglos antes por el Hombre-Dios, y formulado como ex profeso por el Apostol: *Non quæ sua sunt singuli considerantes, sed quæ aliorum. Nemo quod suum est quaerat, sed quod alterius.*¹ ¿Y hasta qué punto? El mismo autor del precepto nos da la medida: *Sicut dilexi vos.*² Medida por cierto inmensa y divina como suya, y como otras suyas. *Non dico tibi septies, sed usque septuagies septies. Estote perfecti sicut et pater vester coelestis perfectus est.*³ Medida que el apostol de la caridad descoge y puntualiza: *Quoniam ille animam suam pro nobis posuit, et nos debemus pro fratribus animas ponere.*⁴

Por todo esto y mucho más, que conoce V S I, no me pareció aventurado afirmar que mejicanos libres de todo compromiso ante la calamidad de

labra y con la lengua; sino con obras y en verdad."—1ª Joan.—"Si tu hermano ó tu hermana están desnudos, y les falta el alimento cotidiano, ¿de qué les servirá que alguno de vosotros les diga: "Id en paz, defendeos del frío y comed á satisfacción, si no les dais lo necesario para reparar el cuerpo?"—Jac.

1. "Cada uno atienda, no sólo á su provecho, sino al del prójimo.—Philipp. II. "Nadie busque solamente su propia conveniencia, sino también la del prójimo."—1ª Cor. X.

2. "Como yo os he amado."

3. "No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete."—Matt. XVIII.—"Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto."—Matt. V.

4. "Habiendo el Señor dado su vida por nosotros, así nosotros debemos estar dispuestos á dar la nuestra por nuestros hermanos."—1ª Joan III.

que se trata, y capaces de ayudar á ponerle, si no remedio, coto; no se podrían hallar entre verdaderos cristianos.

Mas sin duda son hartos los no de buena ley, que en nuestros malaventurados días, si no bajan hasta la vileza de Caín, tampoco suben á la altura, cierto no muy alta, del cómico Terencio; cuánto menos á la sublime como divina de la Buena Nueva.

Cristianos de seguro lo son, y lo serán mientras duren el cielo y el infierno; pero *Christiani ad contumeliam Christi*, como los de la iglesia africana, que pintó y condenó Salviano; y ahora ¡oh mengua! por todas partes y no menos que entonces abundan.

Otra cosa diré á V S I en dolorosa confianza. Una de las impresiones más tristes y penosas que me han afligido el corazón en tierra de Méjico, ha sido la de ver que, salvas loables excepciones, domina en las altas esferas civiles, en la aristocracia del dinero y de los honores, un espíritu oligárquico inhumanamente egoísta, despótico, feroz, opuestísimo al Evangelio; y para más funesta desgracia, espíritu trascendental, que modifica profundamente, no sólo la vida física, sino también la religiosa y moral de la máxima parte del pueblo.

Estos oligarcas, harto más responsables que los de Aristóteles, pues al cabo los de Grecia ni estaban bautizados, ni oyeron ni leyeron jamás el sermón de la montaña, ni supieron nunca del

1. "Cristianos sí, mas para deshonra de Jesucristo."—*De Gub. Dei.* lib. VIII.

sacrificio del Gólgota; parece que al llegar al uso de la razón, hacen también el abominable juramento de odiar á la desdichada plebe y aconsejarle su daño.¹

En la práctica apenas conceden fueros humanos á los que con orgulloso menosprecio llaman *indios*; á tal punto, que en muchas ocasiones pudiera uno preguntarse si no sueña, y si es verdad que han pasado los diez y nueve últimos siglos de la historia.

Especialmente en los campos, que son tan gran parte de la república mejicana, quien se pare á estudiar la vida de los obreros agricultores, pronto echará de ver que aun hoy los gobiernan principios de economía rural demasiado semejantes á los de Magon el cartaginés *rusticationis parens*, compendiados por Varron, aplicados y extremados por Catón el Viejo, corazón de bronce, cuando no de fiera, para su servidumbre, y metodizados por Junio Moderato Columela.

De hecho en la vida social la raza india, que habita y cultiva los campos, no sé cómo podría retratarse mejor que con esta frase de Julio César, aplicada por él á otra pobre gente, que en el lenguaje anticristiano y soberbio de nuestros días llamaríamos la clase baja de los galos. *Plebs pene servorum habetur loco, quæ per se nihil audet et nullo adhibetur concilio.*²

1. Arist. Polit. V, 9.

2. "La condición de la plebe no dista mucho de la de los esclavos, pues no tiene iniciativa alguna, ni parte en las públicas deliberaciones."
— *De bell. gall.* VI.

Y á esta práctica mantiene y da continuo vigor una proporcionada teoría.

¡Pero qué teoría, Dios Santo! Priva la que sin duda dormitando cantó Homero;¹ la misma que no se espantó de repetir con elogio del autor Platón el divino;² ni de sostener y corroborar el prodigioso Estagirista «*maestro di color che sanno*»,³ es á saber: que hay razas de hombres medio hombres, á los cuales privó Júpiter de la mitad del entendimiento, embriones racionales formados por la madre naturaleza, con ellos cruel madrastra, semejantes á los brutos, sólo para trabajar corporalmente y servir á sus amos. Si esto no se afirma en los propios términos del cantor de la Odisea, ni con la odiosa crudeza de Aristóteles, se profesa en voz alta con las perfrasis y eufemismos, que á los más atrevidos impone lo que aún queda de cultura cristiana en la conciencia pública.

Cuántas y cuántas veces se ha dicho en mi presencia, y cuán diferentes voces lo han dicho, hasta femeninas y *piadosas*, que «los indios, si no son del todo irracionales, apenas se les puede considerar como un término medio entre el hombre y la bestia; que es por lo menos inútil enseñarles religión ni moral; que serán siempre idólatras y ladrones á pesar del Evangelio y á despecho de todos los *padresitos* del mundo; y que no hay tiempo más perdido que el que se emplea en civilizarlos; con otras acusaciones de la misma es-

1. Odiss. XIII.

2. Las leyes, lib. VI. "El Ateniese," es decir, Platón mismo.—
V. *Cic. de Leg.*

3. Polit. I, 1-3.

tofa, necias muchas, fútiles las demás, y haciéndoles gran favor, dignas todas de lástima.¹

Debo y quiero advertir que hablo de voces oídas fuera de casa; porque vivo, desde que con él vine de Europa, en la de un bien nacido, bien criado, humano, generoso y en todas maneras cumplido caballero. Pero en visitas, en conversaciones de fortuitos encuentros, y en las que sin malograr ocasión he provocado por el deseo de conocer á fondo el espíritu del país; se me ha repetido lo que acabo de apuntar, innumerables veces. A fuerza de oírlo, ya no me espantan y me indignan menos ciertas enormidades, que antes no podía leer con paciencia; por ejemplo, la sobredicha inhumana teoría de Aristóteles, la brutal clasificación varroniana de los *instrumentos de agricultura*, y aquella otra de los obreros en *suelos y encadenados*; así como una infame expresión de Columela, el cual á sangre fría, en didáctico y sereno discurso, á los hombres criados por Dios á su imagen y semejanza, llama compañeros de servidumbre de los perros de alquería, y quiere que éstos los miren con muy sañudos ojos. *Conservos iratius intueantur.*²

A tales términos se llega por semejantes caminos.

¡Válganos Dios! ¿Con que no hay tiempo ni empeño peor empleados que los que se consagran á la educación cristiana de los jóvenes indios? ¿Y por qué?

1. *Et alia hujuscemodi, stolidi, vana, si mollius acciperes, miseranda.*
— Tac. An. II.
2. L. VIII.

Por dos razones, según dicen: porque no acuden á las escuelas, y porque nada aprenden, aunque asistan.

Mas yo pregunto: ¿y por qué no acuden?

Con mis ojos he visto llena de niños, y cierto muy en orden, una escuela de hacienda; y he sabido por el testimonio unánime de los vecinos y del propio maestro, que pasaba lo mismo todos los días; eso que no mandaba allí ningún amo joven, activo, imponente, Argos en la vigilancia, severo en los castigos; sino una pobre mujer viuda y sola, allende de eso más que septuagenaria; pero muy dama en todas maneras, en especial á lo cristiano, dama que quiere de veras la instrucción religiosa de los infelices indios, encomendados por Dios á su caridad y solicitud, y pone los medios conducentes, y sale con su generoso intento.

De otros hacendados he sabido que se han propuesto lo mismo con la misma sinceridad, y que también lo alcanzan; y más de un administrador me ha certificado que no hay cosa más hacedera. «Un *arreador*, me decían, quince días de rigurosa inspección á los comienzos, y después una ó dos visitas mensuales á la escuela, bastarían para lograrlo.»

Y ¿quién podrá dudarlo, si considera cuánto más difícil es, y cuán plenamente se consigue hacer trabajar como á negros y con regularidad casi matemática á los indios adultos?

¡Ah si la escuela de Catecismo produjese maíz, trigo, cebada, caña de azúcar! A buen seguro que no envidiaría el maestro aquel fervoroso y heroico deseo de aprender, que inmortalizó á

Euclides el de Megara, tan eximio estudiante, que, por oír las lecciones de Sócrates, entraba cada día en Atenas disfrazado de mujer con inminente peligro de la vida.¹

La otra, por decirlo así, razón, la que supone incapaces de aprender á los indios; además de sofisma, es una grande y nada valiente injuria.

A «no queremos gastar en escuelas, porque sería gasto inútil, porque no aprenderían nada los indios, aun dado que asistiesen;» respondería cualquier estudiantillo de lógica: «Pero ¿cómo han de aprender, ni cómo podeis saber que nada aprenderían, si no les poneis escuela?»

Y ¿dónde han visto ellos que los niños de raza indígena, si bien se les enseña, no aprenden?

Yo he visto y estoy pronto á demostrar lo contrario al peor dispuesto; y lo verá cualquiera, que de buena fe se ponga á experimentarlo.

«Indorum parvuli christianorum decreta non audiunt modo, sed exhauriunt ac veluti ebibunt. Citius hi et alacrius quam hispanorum infantes ediscunt, et tenent quidquid a nostris traditur.»²

Esto y cosas muy más ásperas, que V S I tiene leídas, y por ser tan duras no copio, escribía nada menos que al sumo pontífice Paulo III el sabio y santo Fr. Julián Garcés, primer obispo de Tlaxcala; y sin duda era verdad, y es hoy tan verdad como entonces.

1. Aul. Gell. Noctes attice.

2. «Los niños de los indios aprenden de tal manera las verdades cristianas, que no solamente salen con ellas, sino que las agotan; y es tanta su facilidad, que parece que se las beben. Aprenden más presto que los niños españoles, y con más contento; reteniendo en la memoria fielmente lo que se les enseña.»— Traducción de Dávila Padilla.

Pero no hay luz que valga para ojos obstinadamente cerrados, ni razón ni experiencia contra sordas voluntades; y ceguedad de obstinación ó sordera voluntaria, incurables ceguedad y sordera.

¡Pobres indios! Así vosotros, en la estima de no pocos hidalgos y de algunas damas, apenas merecis más honor que los gorillas ó los orangutanes.

Y nótese bien que los que así tratan á la inmensa mayoría de sus conciudadanos, de ordinario blasonan y alardean de muy liberales; deseosos, si se les cree, de poner á Fr. Bartolomé Las Casas, no á los pies de Colón, aunque fuera sobre un alto pedestal, sino en las nubes, sobre todos los hombres y sobre todos los héroes.

¿Ha visto V S I, ni oído contar, ni leído en libros, contradicción más ridícula?

Ridícula y no hipócrita quiero llamarla; porque á mi carácter y convicciones cumple más compadecerme que enojarme, y atribuir á miseria de nuestro barro lo que no sea evidente malicia. El orgullo humano, el insaciable interés, la costumbre inveterada, las adulaciones, y en fin la inconsideración, madre fecundísima de sandeces y bellaquerías, pueden y suelen ser parte suficiente á semejantes ceguerras. ¿Y quién puede airarse contra un ciego é imputarle á crimen no ver claro? ®

Pero en realidad, Ilmo. y Rmo. Señor, andamos lejos, espantosamente lejos, de la libertadora proclama del Apostol: *Non est Judæus neque Græcus, non est servus neque liber;*¹ y de los

1. «Ya no hay distinción de judío ni griego, ni de siervo ni de libre.»
— Gal. III.

generosos gritos de Tertuliano: *Iidem sumus Imperatoribus qui et vicinis nostris; quodcumque non licet in Imperatorem, id nec in quemquam;*¹ y de aquella hermosa y evangélica doctrina de San Agustín, en aquel capítulo tan suyo: *De æquo jure dominandi:* ² *Qui imperant, ut domini servis,* había escrito poco antes el Platon cristiano, *serviunt eis quibus videntur imperare;*³ y ahora en este capítulo escribe: *Etiam si habuerunt servos justis patres nostri, sic quidem administrabant domesticam pacem, ut secundum hæc temporalia bona filiorum sortem a servorum conditione distinguerent; ad Deum autem colendum... omnibus domus suæ membris pari dilectione consulerent.* Y concluye diciendo: *Veri patres familias omnibus in familia sua, tamquam filiis, ad colendum et promerendum Deum consulunt.*⁴

Y andamos tan apartados de esta doctrina sana y regeneradora, por lo mucho que nos hemos alejado del principio en que se funda, y es este: *Padre nuestro, que estás en los Cielos;* ejecutoria solemnemente promulgada por el mismo Jesucristo, según la cual todos los hombres,

1. "Lo mismo somos para nuestros emperadores que para nuestros últimos conciudadanos: lo que sería ilícito contra el emperador, contra nadie nos parece licito."— *Apolog.*

2. "Del mandar conforme á justicia."

3. "Los que ejercen imperio, verbigracia los amos sobre sus esclavos, si lo ejercen bien, en realidad sirven á los mismos á quienes al parecer mandan."

4. "Nuestros virtuosos antepasados hacían diferencia entre hijos y siervos respecto á los bienes de fortuna; más en lo tocante á la religión, de todos, sin distinción alguna, cuidaban con el mismo afecto. Un verdadero padre de familia á cuantos viven bajo su dominio ha de mirar como á hijos propios, en lo que atañe al culto de Dios y á ganar el cielo."

el indio como el europeo, el pobre descalzo que habita en un jacal y duerme sobre un petate, lo mismo que su amo y señor, el de la carroza y el palacio, somos hijos de Dios, hermanos todos, y llamados á ser príncipes en el reino de la gloria. Esta es la grande, la de veras ilustre nobleza, superior á las otras del mundo cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, cuanto va de las cancillerías de los reyes al trono de Dios vivo.

¡Otra vez y otras mil veces pobres indios!

¿Pueden á boca llena llamar *Padre* á Dios omnipotente, y no son bien nacidos? ¿Murió por ellos Jesucristo nuestro señor, y son despreciables, y no valen nada? Con su trabajo improbísimo y el sudor de sus cuerpos mantienen el *otium cum ó sine dignitate* de sus amos; y no merecen que por ellos se gasten ó se dejen de atesorar algunos miserables pesos?

Verdad es que la codicia, entre otros males no pocos ni leves, lleva consigo el de ser ingrata, el peor de todos al parecer de Séneca: *Nullum habet malum cupiditas majus quam quod ingrata est.*¹

Y cuidado que no faltan males pésimos á la codicia. Como á raíz de todos la condena San Pablo.² Según el poeta hace menguados á los hombres y desertores de la virtud.

"Perdidit arma, locum virtutis deseruit qui

Semper in augenda festinat et obruitur re."— *Hor.* 3

1. Epist.

2. "*Radix omnium malorum est cupiditas.*"— 1^a Tim. VI.

3. "El que en ansiar funesto
Por más tener se agita y se desvela,
Sus armas entregó, mal centinela,
Y abandonó de la virtud el puesto."

generosos gritos de Tertuliano: *Iidem sumus Imperatoribus qui et vicinis nostris; quodcumque non licet in Imperatorem, id nec in quemquam;*¹ y de aquella hermosa y evangélica doctrina de San Agustín, en aquel capítulo tan suyo: *De æquo jure dominandi:* ² *Qui imperant, ut domini servis,* había escrito poco antes el Platon cristiano, *serviunt eis quibus videntur imperare;*³ y ahora en este capítulo escribe: *Etiam si habuerunt servos justis patres nostri, sic quidem administrabant domesticam pacem, ut secundum hæc temporalia bona filiorum sortem a servorum conditione distinguerent; ad Deum autem colendum... omnibus domus suæ membris pari dilectione consulerent.* Y concluye diciendo: *Veri patres familias omnibus in familia sua, tamquam filiis, ad colendum et promerendum Deum consulunt.*⁴

Y andamos tan apartados de esta doctrina sana y regeneradora, por lo mucho que nos hemos alejado del principio en que se funda, y es este: *Padre nuestro, que estás en los Cielos;* ejecutoria solemnemente promulgada por el mismo Jesucristo, según la cual todos los hombres,

1. "Lo mismo somos para nuestros emperadores que para nuestros últimos conciudadanos: lo que sería ilícito contra el emperador, contra nadie nos parece licito."— *Apolog.*

2. "Del mandar conforme á justicia."

3. "Los que ejercen imperio, verbigracia los amos sobre sus esclavos, si lo ejercen bien, en realidad sirven á los mismos á quienes al parecer mandan."

4. "Nuestros virtuosos antepasados hacían diferencia entre hijos y siervos respecto á los bienes de fortuna; más en lo tocante á la religión, de todos, sin distinción alguna, cuidaban con el mismo afecto. Un verdadero padre de familia á cuantos viven bajo su dominio ha de mirar como á hijos propios, en lo que atañe al culto de Dios y á ganar el cielo."

el indio como el europeo, el pobre descalzo que habita en un jacal y duerme sobre un petate, lo mismo que su amo y señor, el de la carroza y el palacio, somos hijos de Dios, hermanos todos, y llamados á ser príncipes en el reino de la gloria. Esta es la grande, la de veras ilustre nobleza, superior á las otras del mundo cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, cuanto va de las cancillerías de los reyes al trono de Dios vivo.

¡Otra vez y otras mil veces pobres indios!

¿Pueden á boca llena llamar *Padre* á Dios omnipotente, y no son bien nacidos? ¿Murió por ellos Jesucristo nuestro señor, y son despreciables, y no valen nada? Con su trabajo improbable y el sudor de sus cuerpos mantienen el *otium cum ó sine dignitate* de sus amos; y no merecen que por ellos se gasten ó se dejen de atesorar algunos miserables pesos?

Verdad es que la codicia, entre otros males no pocos ni leves, lleva consigo el de ser ingrata, el peor de todos al parecer de Séneca: *Nullum habet malum cupiditas majus quam quod ingrata est.*¹

Y cuidado que no faltan males pésimos á la codicia. Como á raíz de todos la condena San Pablo.² Según el poeta hace menguados á los hombres y desertores de la virtud.

"Perdidit arma, locum virtutis deseruit qui

Semper in augenda festinat et obruitur re."— *Hor.* 3

1. Epist.

2. "*Radix omnium malorum est cupiditas.*"— 1^a Tim. VI.

3. "El que en ansiar funesto
Por más tener se agita y se desvela,
Sus armas entregó, mal centinela,
Y abandonó de la virtud el puesto."

“.....Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames?”¹

exclama por hermosa manera otro hijo de las musas. De «metrópoli de los vicios» la calificó uno de los siete sabios de Grecia. El de las Etimologías dice de ella indignado: *Cupiditas omnium criminum mater est...* *Cupiditas Christum vendidit;*² y dejando, por abreviar, á tantos otros que igualmente la conocen y la detestan, el gran Crisóstomo le atribuye «la universalidad de las desdichas que aquejan á los míseros mortales.»³ ¿Qué daños no le atribuirían, si supiesen lo que no saben, los malaventurados indios?

Y á la verdad no tienen cuento los males que causa, ni los bienes que afea ó destruye la peste de la codicia. Por de contado anubla los entendimientos, empequeñece las almas, estrecha, rebaja y endurece los corazones; seca y consume la bondad, bastardea las mejor nacidas índoles, entristece la vida, ahuyenta la confianza, mata la amistad, despierta la envidia, engendra pleitos y rencores sin término, desconoce la justicia y la pervierte, degrada la sabiduría, desdora las artes, mancha la nobleza, infama la autoridad, marchita y aja la más lozana gloria; y hasta la religión, luz y hermosura del cielo, la corrompe, desautoriza y envilece.

Y andamos también lejos, lejísimos, Ilmo. y Rmo. Señor, de lo que hoy mismo se piensa, sien-

1. “¡Maldita sed del oro! ¡á qué no obligas á los míseros mortales!”

2. “La codicia es madre de todos los crímenes. La codicia vendió á Jesucristo.”—*Senten.* Lib. II.

3. Orat. de S. Philog.

te y practica en otras partes. Vaya un ejemplo.

Buscábase no ha muchos años en una de las secciones de cierto congreso católico, el medio de lograr que pudiesen acudir las familias pobres á los oficios divinos, sin pagar las sillas y sin padecer lo más mínimo por no pagarlas. Nada importaba menos allí que la cuestión de dinero.

Excepto uno solo, todos los asistentes eran seculares; y todos, salvo quien esto escribe, personas de cuenta.

Un rico y respetable senador, que por cierto consagra cada año el sobrante íntegro de sus rentas, como algunos compatriotas suyos, á la fundación y sostén de obras de piedad y de misericordia, propuso sin bastante reflexión que se destinasen á los pobres algunas hileras de sillas en lugar aparte y conocido de la cobradora. Reprobación indignada y unánime.—«¿Los pobres aparte en la iglesia? que lo hagan, si quieren, los judíos en la sinagoga.»—«La iglesia, como elocuentísimamente lo explicó Bossuet, es de los pobres.»¹—«Pues entonces á qué viene el *fratres* con que nos saluda en la misa el sacerdote?» Estas y otras no menos enérgicas exclamaciones despertaron al excelente senador, y, apenas pudo hablar, se retractó noblemente.

A otro miembro le pareció arbitrio más cristiano fabricar contraseñas de metal, que se darían á los indigentes, y ellos á la cobradora: por tal medio solamente una mujer sabría quién no pagaba. Nueva reprobación, aunque no tan rui-

1. *Sermon sur l'éminente dignité des pauvres dans l'Eglise, pour le dimanche de la Septuagésime.*

dosa como la primera.—«Si lo sabe la cobradora, no tardarán á saberlo sus comadres; y basta que el pobre sepa que puede saberse.»—«Muy bien dicho. Es menester otra solución que dé al pobre silla y no le dé vergüenza....»

Al fin se inventó el expediente de acuñar medallas tan perfectamente semejantes á las monedas, que la cobradora, no pudiendo distinguir las sin particular atención, no las echara de ver hasta el momento de hacer sus cuentas en la sacristía después del oficio.

Y aún esta medida no se adoptó sino *provisionalmente*, hasta que se hallara otro más adecuado remedio.

Así tratan en algunas partes los ricos y los poderosos á los indios de sus tierras.

Los que en ésta los maltratan, pregunto ¿qué serán? ¿menguados ó ciegos? Dios lo sabe y á Él sólo toca decidirlo. No á nosotros. *Est qui querat et judicet. Qui illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia cordium.*¹ El que dijo: *Mihi vindicta et ego retribuam;*² y también *Potentes potenter tormenta patientur.*³ Yo los tengo, dígolo con lealtad, por rematadamente ciegos.

Sin duda es ciego de remate cualquiera que, buscando su interés, va contra sus mayores in-

1. "No faltará quien pida cuenta y juzgue. El que iluminará un día lo más oculto de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los secretos de los corazones."—1^a Cor. IV.

2. "Para mí sólo reservo la venganza, y yo me encargo de dar á cada uno según su merecido.—Rom. XII. Hebr. X.

3. "Los delincuentes poderosos poderosamente serán atormentados."—Sap. VI.

tereses; y esto sucede aquí, si no me engaño. Demos que no quieran, y hasta supongamos que en buena política no convenga instruir mucho á los mal heredados; no sea que contándose y viéndose tan superiores en número — terror perpétuo de Grecia y Roma — y creciendo los deseos con el saber, y fermentando la multitud con la comunicación de ideas y sentimientos inevitable entre gente instruída; á la postre y al soplo de un Espartero se enciendan, é incendien de mar á mar y de frontera á frontera toda la república. Demos todo eso de barato, aunque á mi parecer no sería ni menos fácil ni menos atroz el temido incendio con tizones de ignorancia que con antorchas de ciencia.

Mas ya que instruir á tan pobres y tantos no sea prudente, ¿por qué ha de ser imprudente moralizarlos? ¿Por qué no ha de enseñárseles siquiera lo que deben á Dios, á sí mismos, á sus iguales, al gobierno del país y á sus propios é inmediatos señores? ¿Quién ganaría en esto tanto como los mismos oligarcas? ¿Cuál es hoy la defensa de sus personas y bienes? Las leyes, dirán ellos.

La fuerza, y fuerza insegura y precaria, diría yo, acaso con mejor derecho; ahora muy hábilmente dirigida por un hombre providencial, por un insigne y bien intencionado repúblico, temido de los malos, querido de buenos é indiferentes, respetado de todos; pero al fin mortal y por desgracia ya no joven.

¡La fuerza! Donosa y previsora táctica social en el siglo del sufragio, del periodismo y del so-

cialismo; en un país avezado al triunfo de la violencia contra el derecho, al desfile continuo de Sila tras de Mario y de Mario tras de Sila; en un país donde apenas se cuentan á cientos los que andan en coche propio, y se suman por millones los que andan descalzos. ¡Con cuán diferente criterio piensan en Europa los que contemplan serenos ó espantados el mal del siglo, «la sublevación, como decía el ínclito Marqués de Valdegamas, de los que padecen hambre contra los que padecen hartura»!¹

Pero sean enhorabuena las leyes baluarte principal de personas y de propiedades. ¿De qué sirven las mejores leyes sin conciencia que las inculque?

“Maldita la pro que traen”,

responde un antiguo vate castellano; y el gran lírico latino,

“Quid leges sine moribus
Vanæ proficiunt”?²

Y ¿cómo ha de haber costumbres buenas donde se ignoran las reglas de las buenas costumbres?

Ciegos, pues, y muy ciegos; y es lo peor que no se dan cata de su ceguera. Como aquellos otros de la víspera del diluvio y los conciudadanos de Lot, que neciamente incautos ni previeron, ni acertaron á esquivar la catástrofe, y llegó de súbito *et tulit omnes et omnes perdidit*;³ tampoco éstos ven el polvo, que levantan las hordas

1. Carta á María Cristina.

2. “; Oh cuán vanas son las leyes
Do reinan malas costumbres!”

3. “A todos sorprendió y destruyó á todos.”—*Matt. XXIV. Luc. XVII.*

de Genserico, eso que llena el aire y sube á las estrellas. Y si lo ven ¿en qué fían? Probablemente en el foso del Atlántico, ya no foso, ya no como antes Océano separador,

“Nequidquam Deus abscidit
Prudens Oceano dissociabili
Terras.....”—(*Hor.*)¹

sino abierto, ancho y cómodo camino.

“Bene dissepti fœdera mundi
Traxit in unum Thessala pinus.
Nunc jam cessit pontus et omnes
Patitur leges.
Quœlibet altum cymba pererrat,
Terminus omnis motus.
Nil qua fuerat sede reliquit
Pervius orbis.”—(*Sen. Med.*)

Pasó por ese camino y en peores tiempos el Contrato Social, pasaron las inmundas é infernales burlas de Voltaire, pasaron en masa los enciclopedistas, hasta los pigmeos, y no pasarán hoy los Karl Max, los Lassale, Bebel y Shoœffle! ¡Ah, señores míos! Ya han pasado, ya los teneis en la república; y ojalá no los veais nunca, irresistibles, vengativos, inexorables, ni en las calles de la ciudad, ni en los patios de vuestras haciendas. Ojalá nunca tengais que defender contra sus furors á vuestras esposas ni á vuestros hijos.

¿Qué harían entonces los que por culpa vuestra no saben qué cosa es Dios, ni cuál es su ley, ni cómo obliga, ni qué premios y castigos la sancionan? ¿Pensais que cantarían lo único mediana-

1. “La tierra en vano Jove
Por hondos mares separó prudente.”

mente bueno, que, sin enseñárselo vosotros, aprenden ellos, *el Alabado*? Hágalo Dios, si á tal extremo se llega, que bien será menester para tan gran milagro el brazo del Omnipotente; pero harto temo que en vez del Alabado cantarían aullando y rugiendo la última horrible edición de la Marsellesa.

Por fortuna de todos aún está Dios en Sión, aún hay resina en Galaad con virtud de sobra para cualquiera llaga, aunque sea profunda como el orgullo y tenaz como la codicia; y no faltan médicos de almas que sabiamente la apliquen.¹

Curados algunos, echarían por el buen camino, se podrían mostrar con el dedo á la multitud, los aplaudiría, imitaríanlos otros, luego más, al fin la mayor parte; y á los insensibles podría obligárseles, iluminando y fortaleciendo la opinión pública, á seguir, aunque fuese de mala gana, la corriente de los mejores. Estas son las santas, y, más que las mentidas del paganismo, admirables metamorfosis; que obra sin cesar desde la tarde del Calvario la sangre del Cordero. *Occisus Agnus a lupis, fecit agnos ex lupis.*² Y es lo bueno que se las ve, siempre que se quiere verlas. El daño está en que no se quiere, si no llamamos querer al criticar y lamentarse.

Mas aparte de estos falsos hermanos, ó menguados ó ciegos, pero no desesperadamente incorregibles, hay todavía número sin número de

1. Jerem. VIII.

2. "El cordero devorado por los lobos convirtió á los lobos en corderos."—S. Aug.

otros, gran parte buenos, y el resto más bien que malos, ignorantes; disipados más bien que indiferentes; de los cuales no pocos ayudarían con fervor, ó enseñando ó dando, si viesen clara la necesidad, y si discretamente se les buscara.

Este número sin número que dije, son los que solemos llamar *todo el mundo*; y es evidente que si todo ese mundo cumpliera con su deber en materia de Catecismo, pronto y sin violencia, sin ofensa de las leyes vigentes, sin menoscabo de ningún derecho, se alzarían de su decadencia religiosa la diócesis y la república.

En efecto, si en el hogar doméstico los padres de familia enseñasen la doctrina cristiana, como deben, á sus hijos y criados; si los industriales cuidaran de que la aprendiesen sus obreros fijos; y sobre todo, muy sobre todo, si los hacendados, casi omnipotentes como son en haciendas é ingenios, dieran traza de que se enseñara bien á sus indios, estableciendo escuelas, aunque fuera sólo para esta enseñanza, obligando á los padres á enviar á ellas á sus hijos, y poniendo en tan gravísimo negocio siquiera la mitad de la mitad del cuidadoso empeño que suelen poner en compeler á los obreros á que acudan al trabajo; no sé en verdad qué más podría desearse.

Pero si no tanto, mucho de esto es posible lograr con fe y constancia; y como escribía el antiguo,
"Est quodam prodire tenus, si non datur ultra."—(Hor.)¹

Al fin no hace más el que más hace. Y en su-

1. "Si ir más allá se veda,
Al menos lléguese donde se pueda."—Burgos.

ma, ¿qué se perdería con tentar el vado? Gran comienzo es, cuando se desea mover á la gente, abrirle los ojos. Los que no ven, no lloran, dice allá un proverbio; y quien no llora ni aún ve, á buen seguro que se mueva.

Pero al contrario, los ojos humanos que ven lástimas, por ley natural de simpatía, uno de los más profundos cimientos de la sociedad, aun de no querido las sienten; y la compasión es de suyo activa y benéfica.

“Sunt lacrimæ rerum et mentem mortalia tangunt.”¹

“Ut ridentibus arident, ita flentibus adflent
Humani vultus. . . .
Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum, juvat aut impellit ad iram,
Aut ad humum mœrore gravi deducit et angit.”²

8º Esta ya poderosa legión de catequistas aún la quisiera yo reforzar con una cohorte nueva en Méjico, si bien conocidísima y probadísima en otros lugares; con los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

¿Es posible traerlos?

Dígalo quien haya tomado bien el pulso á la situación política del país, y conozca las intenciones de los que lo gobiernan.

1. “Nos hacen llorar las desdichas ajenas, y no hay trance humano que no conmueva á los mortales.—*Aeneid I.*”

2. “Con quien ríe reír es cosa llana
Y llorar con quien llora;
Pues que al formar naturaleza sabia
El corazón del hombre, para todos
Los trances de la suerte le prepara;
Ya á la cólera indúcele, del tedio
Ora le abrumba con la dura carga.”—*Hor. ad Pisones.*

Como quiera, pediría el caso notable sagacidad, exquisita prudencia, y en grado eminente otra virtud dificultosa de adquirir, dura y delicada de conservar, y muy rara de ver en el pobre género humano.

¡Oh, si fuese hacedero, sólo para que nuestros mal aconsejados enemigos ni nos dañaran, ni se hicieran daño, antes se mejorasen; atarles las manos con sus propias ligaduras y con sus mismas armas vencerles!

Estos ocho medios de levantar la enseñanza del Catecismo á suficiente y debida altura son, Ilmo. y Rmo. Señor, los que me ha ocurrido proponer á su sabiduría. Otros habrá, no lo dudo, que al presente no alcanzo, obvios tal vez y por ventura más fáciles y de mayor eficacia. Añádalos quien ya los conozca, ó búsquelos quien tenga—no es difícil—más penetrante y ejercitada vista.

A fortificar los medios susodichos pueden ayudar en gran manera las misiones.

Digo que pueden ayudar á fortificarlos, y con poderosa ayuda; mas no que sean parte á sustituirlos, como algunos inconsideradamente imaginan. Por dicha no se necesitan largas reflexiones, basta sentarse, diría José de Maistre,¹ para salir de semejante engaño.

En efecto, aunque la misión *bien dada* sea, « el primero, el más importante y eficaz de todos los medios extraordinarios, que Dios emplea comun-

1. *II suffit de s'asseoir.* De l'Egl. Gall.

mente para convertir y santificar al pecador»;¹ no hay duda sino que pierde mucho de su eficacia cuando, por escasez de personal, se extiende, como aquí, á muy pocos lugares, y por éstos mismos pasa como un torrente, y tarde ó nunca se repite. Pero en especial resulta la misión, manco y malogrado esfuerzo, allí donde totalmente ó casi del todo se ignora el Catecismo. Y cierto no se comprende cómo llegará á entender los sermones más llanos un auditorio incultísimo, profano por modo increíble así en la moral como en el dogma, que se le predicán; ni qué convicciones se pueden sacar de un discurso que no se entiende; ni sobre qué asentaría la persuasión, faltando la base de las convicciones. En almas tan ayunas de doctrina cristiana, el fruto que produzcan algunos días de misión, sin nada que la prepare, ni nadie que la continúe, se me antoja que será tan maduro, pingüe y durable, como en la tierra el de un aislado aguacero entre dos sequías desoladoras; hojarasca de hueco y efímero entusiasmo, ó en lengua y frase de Tácito, *falsae virtutes et vitia reditura*,² ilusión de conversiones y retoño de vicios. V S I lo habrá

1. Tes. del Sac. Trat. XVII. Misiones. Es curioso de notar que dentro del primer párrafo junta el autor hasta cuatro veces, sin duda con deliberado propósito, á la palabra *misión*, el calificativo de *bien dada*; y y cuán difícil sea darlas bien, lo prueba en todos sus pormenores este precioso tratado. También lo prueba el que, donde fructuosamente se dan, verbigracia, donde se han conservado y observan con respeto religioso las enseñanzas del gran misionero que lo compuso, se prepara cada misión con esmero imponderable; y concluída de darse, la prolongan, ó, por decirlo con las palabras del P. Mach, la cultivan y explotan hasta la misión venidera, que vuelve al cabo de un período fijo y un nada breve intervalo.

2. Hist. I.

experimentado más de una vez, y más de ciento lo habrá oído lamentar á desconsolados misioneros.

Paréceme, pues, que *praedicantes* ó catequistas no faltan; y estoy seguro de que lo afirmarían con harto más vigor, si resucitaran para juzgar del caso, ciertos hombres que fueron ya de este mundo. ¿Quiénes diré? Por ejemplo, Fr. Toribio Motolinia y Fr. Pedro de Gante.

¡Qué espantados quedarían aquellos denodados varones, aquellos misioneros ferventísimos, de ver que el pobre pueblo, la plebe cristiana que cultivaban ellos con tan áspero trabajo y con tan enamorado ahinco, ahora, al cabo de tres siglos de propaganda católica! . . . Y en efecto, es terrible de considerar lo que en esto pasa.

Hallarían, es cierto, multiplicadas las iglesias, centuplicadas las campanas, más aparato y estruendo religioso; pero en la fe y en la vida cristiana, ¡qué inverosímil ignorancia! ¡qué increíble atraso!

Aún les saludarían respetuosas las muchedumbres y les besarían las manos con humilde continente; mas enterados los afligidos misioneros del fondo de las cosas, dirían meneando tristemente las cabezas: «La fe, sin la cual es imposible agradar á Dios, no es reverencia de los cuerpos, sino creencia de las almas.» *Fides non res est salutantis corporis, sed credentis animi, et sine fide impossibile est placere Deo.*¹

1. De catech. rud.

Después, en averiguando los medios que hay todavía de remediar el daño, ¡cómo se enardecerían contra nuestro aletargado celo, contra nuestra descuidada y casi alegre insensibilidad, contra nuestra pereza! ¡Con qué nombres nos llamarían, á mí el primero, siquiera por más libre; con qué epítetos nos calificarían, qué sentencias nos aplicarían tan graves, tan acusadoras, tan irresistibles, ya de los antiguos padres, ya de los sagrados libros!

Y nosotros, míseros, no tendríamos ni de qué maravillarnos ni qué responderles.

Vamos á la segunda parte del programa: *Quomodo vero praedicabunt nisi mittantur?*

A mi entender esta misión abraza dos operaciones: ordenar las fuerzas y ponerlas en movimiento; ó en otros términos, organización é impulso. Veamos lo primero cómo podría organizarse la hueste catequística.

Sin unidad de dirección de poco suelen servir los más porfiados esfuerzos personales: unidos, dijo y probó Jaime Balmes que se multiplican por un factor infinito, axioma que un muy culto pueblo adoptó por divisa y lo escribió en su escudo de armas: *L'union fait la force.*

Ahora bien, la unidad continuada de dirección, ó sea de fin, tratándose de fuerzas múltiples siempre libres, supone un principio ordenador, eficaz y perenne.

La eficacia ordenadora requiere conocimiento claro de los medios que conducen al fin, voluntad

constante de emplearlos, y la fuerza moral necesaria para que los subordinados obedezcan. Esto de la fuerza moral ó autoridad es evidente. Lo demás, si no tan claro, no es menos cierto. No es posible dirigir bien sino conforme á razón, ni se hace nada de provecho sin ardorosa constancia. *Amor machina mentis;* decía un padre de la Iglesia; y escribía también un gran pagano: *Sine ardore quodam amoris nihil quidquam fit egregium.*¹

Tres hombres de buen entendimiento y de cristiano y ardiente corazón, quiero decir, amadores resueltos de Dios y de los pobres, sostenidos además por la autoridad superior de la diócesis, serían menester y bastarían á este empeño. Dos no bastan, y podrían anularse mutuamente, desde que faltara el acuerdo. De uno solo ni se hable, aunque fuera prodigiosamente capaz, bueno y activo. Cuando hay más de tres personas en un centro directivo de este género, por maravilla deja de estorbar alguno; y siempre llevan el peso del trabajo pocos hombres, los más abnegados, los más laboriosos, los más sufridos, los más condescendientes; que nunca fueron muchos en ninguna junta.

Sólo tres hombres quisiera para unificar y dirigir, sin perjuicio de que consulten á treinta y aún á trescientos; con tal que acierten los tres á discernir, simplificar y escoger dictámenes.

Acomodando á nuestro caso una muy sabida

1. El amor es el vigor del alma.
2. Sin cierto amor ardiente á lo que se hace, nunca se hace nada de provecho.

clasificación baconiana,¹ pudiéramos decir que en semejante materia, como en otras análogas, se presentarán consultores *hormigas*, tan escrupulosamente apegados á las buenas prácticas de sus mayores, que tendrán por osadía rayana del sacrilegio introducir en ellas la más mínima reforma; consultores *arañas*, temperamentos de arbitristas con domicilio perpétuo en los espacios imaginarios, menospreciadores de la tradición, atrevidísimos innovadores; y en fin, consultores *abejas*, cuyo sazonado saber junta en uno lo bueno pasado y lo bueno presente, las antiguas prácticas á los modernos adelantos y á las exigencias actuales, armonizándolo todo con firme y suave prudencia, que es la ciencia de las atinadas aplicaciones.² A tales hombres pertenece el buen consejo.

Y pertenece asimismo á los muy buenos, aunque no rayen muy alto en la humana sabiduría.

No ignoraba yo cuán principal elemento sea la virtud en la composición de la autoridad ya histórica, ya científica, ya de dirección y consejo; y conocía casi desde niño el magnífico análisis que hizo de esto un célebre romano para un degenerado mozo su hijo.³ También había notado en el sermón primero del Salvador el modo particular como allí se promete á los limpios de corazón la eterna bienaventuranza;⁴ y había leído en el

1. *Empirici, formicæ more, congerunt tantum et utuntur. Rationales, araneorum more, telas ex se conficiunt. Apis vero ratio media est...* etc. Nov. Org.

2. *Summa*. 2^a 2^o q. 47.

3. Cicerón. *De officiis*. II.

4. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Matt. V.

Eclesiástico este pasaje: *Anima viri sancti enunciat aliquando vera, melius quam septem circumspectores, sedentes in excelso ad speculandum*.¹ Y en fin, había hallado la misma doctrina en más de un insigne crítico, por ejemplo en el que sus compatriotas, siguiendo á Víctor Cousin, han dado en apellidar « el Angel de la Filosofía »;² y en el incomparable Melchor Cano, que en su gran libro cuidadosamente la autoriza y adelgaza;³ pero he de confesar que no lo sabía más que de memoria, hasta que me lo hizo comprender una larga experiencia. Hay más. Como enseñan críticos y místicos, es certísimo, nadie lo dude, que mejoran las almas en vista y gozan de luz más clara, á medida que se allegan á Dios, luz de las luces y criador de los sentidos y de las inteligencias; pero en casos como el nuestro, adviértese una causa particular, que contribuye poderosamente á iluminarlas. La abnegación, tan propia cualidad de los buenos, madre de las bellas acciones y principio de la vida cristiana⁴ es de suyo sobremanera inventiva, y en hartas ocasiones con aciertos admirables y como inspirados; género de privilegiada intuición, que sorprende y encanta. Una humilde señora de las que apenas saben leer y escribir, ó una simple Hija de la Caridad, ó una de esas maravillas del cato-

1. "El alma del varón justo descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas apostados para atalayar en alto sitio." Eccli. XXXVII.

2. *L'esprit devient plus pur, plus lumineux, plus fort, et plus étendu, à proportion que s'augmente l'union qu'il a avec Dieu*. Malebranche. Rech. de la vérité. Préface.

3. De locis. lib. X.

4. Matt. XVI.

clasificación baconiana,¹ pudiéramos decir que en semejante materia, como en otras análogas, se presentarán consultores *hormigas*, tan escrupulosamente apegados á las buenas prácticas de sus mayores, que tendrán por osadía rayana del sacrilegio introducir en ellas la más mínima reforma; consultores *arañas*, temperamentos de arbitristas con domicilio perpétuo en los espacios imaginarios, menospreciadores de la tradición, atrevidísimos innovadores; y en fin, consultores *abejas*, cuyo sazonado saber junta en uno lo bueno pasado y lo bueno presente, las antiguas prácticas á los modernos adelantos y á las exigencias actuales, armonizándolo todo con firme y suave prudencia, que es la ciencia de las atinadas aplicaciones.² A tales hombres pertenece el buen consejo.

Y pertenece asimismo á los muy buenos, aunque no rayen muy alto en la humana sabiduría.

No ignoraba yo cuán principal elemento sea la virtud en la composición de la autoridad ya histórica, ya científica, ya de dirección y consejo; y conocía casi desde niño el magnífico análisis que hizo de esto un célebre romano para un degenerado mozo su hijo.³ También había notado en el sermón primero del Salvador el modo particular como allí se promete á los limpios de corazón la eterna bienaventuranza;⁴ y había leído en el

1. *Empirici, formicæ more, congerunt tantum et utuntur. Rationales, araneorum more, telas ex se conficiunt. Apis vero ratio media est...* etc. Nov. Org.

2. *Summa*. 2^a 2^o q. 47.

3. Cicerón. *De officiis*. II.

4. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Matt. V.

Eclesiástico este pasaje: *Anima viri sancti enunciat aliquando vera, melius quam septem circumspectores, sedentes in excelso ad speculandum*.¹ Y en fin, había hallado la misma doctrina en más de un insigne crítico, por ejemplo en el que sus compatriotas, siguiendo á Víctor Cousin, han dado en apellidar « el Angel de la Filosofía »;² y en el incomparable Melchor Cano, que en su gran libro cuidadosamente la autoriza y adelgaza;³ pero he de confesar que no lo sabía más que de memoria, hasta que me lo hizo comprender una larga experiencia. Hay más. Como enseñan críticos y místicos, es certísimo, nadie lo dude, que mejoran las almas en vista y gozan de luz más clara, á medida que se allegan á Dios, luz de las luces y criador de los sentidos y de las inteligencias; pero en casos como el nuestro, adviértese una causa particular, que contribuye poderosamente á iluminarlas. La abnegación, tan propia cualidad de los buenos, madre de las bellas acciones y principio de la vida cristiana⁴ es de suyo sobremanera inventiva, y en hartas ocasiones con aciertos admirables y como inspirados; género de privilegiada intuición, que sorprende y encanta. Una humilde señora de las que apenas saben leer y escribir, ó una simple Hija de la Caridad, ó una de esas maravillas del cato-

1. "El alma del varón justo descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas apostados para atalayar en alto sitio." Eccli. XXXVII.

2. *L'esprit devient plus pur, plus lumineux, plus fort, et plus étendu, à proportion que s'augmente l'union qu'il a avec Dieu*. Malebranche. Rech. de la vérité. Préface.

3. De locis. lib. X.

4. Matt. XVI.

licismo, que llaman Hermanitas de los Pobres, suelen poner de repente diáfanos, y como descubiertas al sol de medio día, intrincadas cuestiones de beneficencia práctica, en las que doctos muy doctos, discutiendo largamente y revolviéndolas en todos sentidos, así atinaban con la solución como si mirasen á través de un yunque. Muchas veces lo he visto, atónito de verlo.

¿Me atreveré á entrar en más menudos detalles?

Propondría de buena gana que, componiéndose de tres miembros la dirección, uno fuese persona de viso, perteneciente al clero secular diocesano; otro del clero regular, y el otro un caballero seglar, bienquisto, poderoso, influyente; y ojalá que los tres de antemano estuviesen unidos por lazos de mutua simpatía. La amistad aumenta y refuerza la unión, y con la unión la energía; hace muy más llevadero el trabajo común, sostiene en la fatiga, rehace en los desmayos, y da con todo eso no sé qué de inquebrantable al esfuerzo de colaboradores amigos. *Quumque plurimas et maximas commoditates amicitia contineat, tum illa nimirum præstat omnibus, quod bona spe præluceat in posterum, nec debilitari animos aut cadere patitur.*¹

Por lo demás, habiendo de ser cabeza de toda la empresa el centro directivo, está dicho que su elección es punto de capital importancia.

Mas la Junta directiva primero y ante todo ha

1. Entre las muchas y grandísimas ventajas que trae consigo la amistad, la más preciosa es sin duda, la de dar á los amigos confianza en el porvenir, y de no dejar que los ánimos desmayen ni se rindan.— *Cic. De Amic.*

de ser junta fundadora; y el norte y blanco de sus designios en esta primera parte de sus tareas, crear una asociación proporcionada al fin que se persigue, y que se baste á sí misma. Tenga auxiliares y aliados; pero en cuanto cabe serlo, sea autónoma.

A ella, pues, tocará exclusivamente determinar el fin práctico, y los medios á él conducentes, esto es, á quiénes, qué y cómo ha de enseñarse; clasificando las necesidades y acomodando á cada especie sus propios y adecuados remedios; que no es lo mismo doctrinar á los adultos que á los niños; ni en cuanto sea posible se han de reunir en la misma lección personas de sexos diferentes, ni la ciudad es como el villorrio, ni el arrabal como el apartadísimo rancho.

Lo único igual en adultos y niños, en hombres y mujeres, en ricos y pobres, en ciudadanos y rústicos, es el valor de las almas.

A la Junta directiva corresponde también, como á un estado mayor general, reclutar, reglamentar y distribuir el personal docente.

Y en fin, toca á la Junta directiva la enojosa, mas al cabo indispensable tarea de allegar recursos.

A mi juicio el medio más probado es crear juntas subalternas, que ya el uso, con ofensa de los indignados manes de Baralt, va consintiendo en que se digan *comités auxiliares*. Conviene que unos se compongan sólo de hombres y otros solamente de damas; que todos sean independientes entre sí, pero que cada uno dependa lo más posible de la Junta directiva. Así lo he visto practicar y lo he practicado yo mismo con feliz éxito.

Es menester que no arredre á la Junta la perspectiva de una interminable correspondencia: en casos como éste, á mayor trabajo corresponde mayor é incalculable ganancia.

La experiencia me ha enseñado también, que importa grandemente multiplicar y subdividir las juntas subalternas. El respeto, el pundonor, la abnegación; la generosidad, la emulación santa y fecunda, la actividad, el vigoroso conato, el ferviente esmero, la constancia; todos estos y otros manantiales de la beneficencia, los mengua, tal vez hasta secarlos, la fusión, ó más bien la confusión que nace de la muchedumbre; y por otra parte, sabido es que en lo humano la eficacia de cualquiera dirección está en razón inversa del número de los dirigidos. Una persona que se nos presenta cara á cara, ó siquiera fácil de distinguir en escaso grupo, y la misma persona como anegada é invisible dentro de un concurso numeroso, viene á ser dos muy diferentes personas. Y esto digo hablando de los seguidores del Evangelio, de los que, si no incomunican entre sí ambas las manos, tampoco anuncian á són de trompeta sus limosnas.

Tratándose de los que, ó no lo saben, ó no lo entienden, ó no les gusta, y de cualquier modo no siguen el *in abscondito* del sermón del monte; importa más, mucho más, poner, en cuanto quepa, de relieve á cada individuo. Es sin duda lícito aceptar su ayuda, y suele ser ayuda valiosa, porque no son pocos los adultos niños, que, tomándolo por verdad muy práctica y muy útil, se dicen seriamente á sí mismos en el secreto de

sus vanas complacencias lo que, burlándose de su infantil pasión, decía Persio:

“At pulchrum est digito monstrari et dicier *hic est.*”¹

La verdad y el verso permiten que pueda también leerse *hæc est*, aunque no autorice la variante ningún apolillado códice.

Humilla pensarlo y da vergüenza decirlo; pero ni las obras buenas espirituales, si son de monta y han de ser duraderas, se pueden llevar á cabo sin dinero en este mundo tan bajo y tan de lodo. Mas como vimos que no han de faltar catequistas, se verá que no faltarán recursos. Nunca faltaron para tales obras. Hiera el suelo el báculo pastoral de VSI, y brotarán como por encanto suscritores, que atraerán á muchísimos otros; y á todos, con ayuda de Dios, mantendrá y mejorará en sus nobles y caritativos propósitos el centro directivo.

Esto que ahora escribo no lo sé certificadamente, lo imagino; aunque sin dudar que imaginando acierto. Conozco mucho á nuestra raza ya directa, ya comparativamente, y afirmo sin temor de engañarme, que no hay otra más hidalga ni dadivosa; en especial cuando lo bien nacido de las personas anda mejorado con aumentos de una sana educación, y sublimado con lo sobrenatural de las luces y virtudes propias del cristianismo. Cierto que no es vulgar la junta de todas estas condiciones, pero tampoco rara; y tal cual se halla en el país, basta á nuestro objeto.

Ahora mismo dan los mejicanos, creo que aquí, y sé que en Europa, no poco para misiones. Santa

1. “Es honroso que la gente diga de uno, *vedlo ahí*, señalándolo con el dedo.”

limosna, que más ordenada pudiera ser todavía más santa.

En todo debe reinar el orden, y sin duda por entenderlo así, lo llamó Bossuet «alma del universo.» Recuerdo que San Gregorio Nacianceno viene á decir lo mismo y en qué oración lo dice, aunque del texto á la letra no me acuerdo.

Reina, glorificando á su Autor de día en día, de noche en noche con loores mudos pero magníficos en la naturaleza material,¹ dispuesta en medida, y número y peso;² y regulada por constantes y armoniosas leyes.

Reina en el universo intelectual, y tanto, que de la idea de orden sacó Juan Luis Vives su hermosa definición de la sabiduría; si no remedo, reminiscencia, á lo que yo presumo, de un pasaje de San Agustín lleno también de sentido y de belleza.

Reina en el arte. Las reglas más importantes de la poética de Aristóteles, las de Horacio, los preceptos más fundamentales de Cicerón con su *Caput artis decere*, los de Quintiliano como aquel de *Curam verborum, sollicitudinem rerum*; los de San Agustín, verbigracia, *Ne doctor serviat verbis, sed verba doctori*; y aquella sentencia de oro del cisne de Cambrai *L'homme digne d'être écouté est celui qui ne se sert de la parole que pour la pensée, et de la pensée que*

1. "Los cielos dan pregonos de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los días te componen clara historia,
Las noches manifiestan tus grandezas."

Psal. XVIII.—Trad. de Fr. Luis de Leon.

2. *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti.—Sap. XI.*

pour la vérité et la vertu;³ ¿qué son sino aplicaciones inmediatas de la idea de orden? Ni es otra cosa en las artes plásticas la unidad proporcionada, base de la belleza estética.

Pues en el universo moral, en los dominios de la voluntad libre, reina de tal modo el orden, que pudo escribir San Agustín con aplauso del mundo entero: *Mihi videtur quod definitio brevis et recta virtutis est ordo amoris*; definición magníficamente amplificada por el santo filósofo en otro célebre pasaje.⁴

De ella hizo, además, una como síntesis de la filosofía de la historia: *Fecerunt civitates duas amores duo*, y lo demás que allí sigue.⁵

Trascendental pareció este principio á Van Viane, y de él quiso deducir toda la ética. Honroso empeño,

"Quem si non tenuit, magnis tamen excidit ausis;"⁴

y mostró la meta y señaló el camino.

Siendo pues la virtud *ordo amoris*, no será maravilla que se sujete al orden la caridad, que es toda y propiamente amor, y tan suprema virtud; y en efecto, aunque anchísima y universal de suyo, hay en ella más y menos, antes y después, primero y segundo. *Suorum, sed MAXIME domesticorum.*⁵ *Necessitatem PRIUS pro suis delictis*

1. Lettre à l'Acad.

2. "Párceme que puedo definir breve y rectamente la virtud, diciendo que es el orden del amor, ó el amor ordenado."—*De Civ. Dei* XV. —*De Doct. Christ.* I.

3. *De Civ. Dei* XIV.

4. "Y si no fué dichoso el éxito, fué gloriosísima la empresa."—*Metam.*

5. "Por los suyos, *mayormente* si son de la familia."—1^a *Tim.* V.

*hostias offerre, deinde pro populi.*¹ MAXIMUM TE PRIMUM *mandatum*, SECUNDUM *simile huic.*²

Y como bien sabe V S I, las diferencias de grado, las antelaciones, las preferencias, que impone á la caridad el orden, debenser, no sólo efectivas ó de beneficencia, sino además afectivas ó de amor; ni se limitan á lo natural, sino que trascienden y pasan á lo sobrenatural; ni solamente son loables y de consejo, sino de precepto, y por ende obligatorias. Así lo enseñan, reflejando su luz en los menores, dos luminares mayores de la teología, el Doctor Angélico y el sabio y decisivo Suárez.³

Allí se verá también cómo en la hermandad humana *cæteris paribus*, es más, y antes y primero, el que tiene más y mejores títulos de *prójimo*, según la etimología y el valor usual de esta palabra.

Ahora bien, no hay duda sino que aproxima sobremanera unos hombres á otros la patria común, la conciudadanía; lazo sagrado y obligatorio, el más obligatorio y sagrado después de los que nos unen á Dios y á nuestros padres. *Post Deum est homo maxime debitor parentibus et patriæ. In cultu autem patriæ intelligitur cultus omnium concivium.*⁴

Hay, pues, obligación de querer y hacer bien,

1. "Primeramente por sus pecados y después por los del pueblo."—*Hebr.* VII.

2. "Este es el máximo y primer mandamiento: el segundo es semejante á éste." *Matt.* XXII.

3. *Summa. qq. De præceptis chrîtatis. De præc. mor. veteris legis. De charitate quantum ad ordinem diligendorum. De beneficentia. Suárez: De fide, spe et charit.*

4. "Después de Dios á nadie debe tanto el hombre como á sus padres y á su patria; y por patria se entiende todos los conciudadanos."—*Summa. q. de Pietate.*

más, antes y primero á nuestros conciudadanos, que á los extranjeros; más, antes y primero en Méjico á los mejicanos, que al malayo, al persa ó al kalmuco.

Y no se diga que por esa cuenta las paredes domésticas ó las fronteras políticas se oponen á la caridad y la minoran: no son límites, son cauces de la beneficencia; la regulan, pero no la combaten ni la empuñan.

No hay oposición, y sí amistad muy íntima entre la caridad y el orden, y así pudo escribir el Apóstol en una misma carta y casi juntos estos dos preceptos: *Omnia vestra in charitate fiant; omnia autem secundum ordinem fiant.*¹

No se ha de excluir al extranjero por extranjero, si hay con qué ayudarle ordenadamente; pero siendo limitado y no suficiente para todos el bien de que se dispone, manda el orden que se empiece á socorrer por el compatriota, si tanto como el extranjero lo necesita.

Esto mismo con generalidad propia de su divino ingenio, lo dice también San Agustín en aquel texto repetidas veces copiado por Santo Tomás, y en llegando á tratar este punto, por los teólogos moralistas. *Cum omnibus prodesse non possis, his potissimum consulendum est, qui pro locorum et temporum et quarumlibet rerum opportunitatibus, constrictius tibi quasi quadam sorte junguntur.*²

1. "Todas vuestras cosas háganse con caridad, pero háganse con orden."—*I Cor.*

2. "No siendo posible ayudar á todos, has de socorrer principalmente á los que están, como por suerte, más estrechamente ligados contigo; sea en razón al tiempo (contemporáneos), sea en razón al lugar (compatriotas), sea por otras circunstancias."—*De Doct. Christ. I.*

Y dice muy bien. Atienda el padre muy principalmente, *potissimum*, á sus hijos, el amo á sus criados, el ciudadano rico á sus conciudadanos pobres, el párroco á sus feligreses, el prelado á su diócesis, cada autoridad á sus propios súbditos; y así nadie quedará desatendido, y el socorro no podrá menos de ser más prudente y más amplio. Se ve mejor la necesidad que cae más cerca: á visión más clara, más difícil engaño y compasión más viva; y á mayor compasión mayor largueza.

Pero aun mirada la cuestión bajo el solo punto de vista de la necesidad, se resolvería como se ha resuelto.

Si en una reunión de personas medianamente instruídas se trata de salvajes que sería preciso civilizar, de paganos que es menester convertir, luego alguno de los interlocutores cita el centro de Africa, el reino independiente del Congo con sus naturales aledaños, ó sean los diversos países que por todas partes, menos por una muy estrecha lengua de agua, lo rodean.

Y cierto, como imponente grandeza de extensión poblada de hombres, no sé qué otra se le podría oponer en toda la redondez de nuestro globo. La región, que se alza entre los océanos Índico y Atlántico, desde el Sahara y los desiertos de la Nubia hasta el Orange, el Kalahari y el Limpopo, es inmensa; si no hay hipérbole en aplicar tan grande adjetivo á dos centésimas partes de un tan pequeño todo, que mereció ser tratado de «poca cosa» por Cristóbal Colón, y en latín de *pilula hæc nostra* por el insigne Kepler.

Como quiera, en esa región habitan... ¿quién lo sabe? tal vez ochenta ó cien millones de hijos de Dios, que rinden parias al diablo; no petrificados aún por el Coran, pero sumidos en indecible ignorancia y en la más degradante idolatría. Espectáculo sobre toda ponderación tristísimo, que no puede menos de conmover á quien tenga en el alma una centella de fe y un corazón en el pecho. En esto no cabe duda.

Pero ¿es verdad que no hay otro Congo en Méjico? ¿Es verdad que desde el Bravo del Norte hasta Belice y del Gila á Guatemala, no pululan millares y millares de verdaderos idólatras, y cientos de miles de bautizados ignorantísimos, que no merecen el nombre de católicos? *Nisi quis orationem dominicam et symbolum memoriter teneat, catholicus esse non poterit.*¹

¿Y qué dirían los belgas de Banana y de Stanley Falls, los franceses vecinos y los del Gabon, los portugueses de Angola y de Mozambique, los alemanes del Cámeron, de la Hotentocia y de Zanguébar, y los ubiquistas ingleses, si fuéramos á pedirles socorro para las misiones de Méjico? Lo que diría toda esa buena gente, no lo sé; pero á buen librar volveríamos con las manos vacías y en opinión de mentecatos.

No pidamos, pues, limosna al Congo; pero tampoco se la enviemos, mientras tengamos otro Congo en casa. Lo primero no sería cordura, y

1. "El que no sabe de memoria la oración dominical y el símbolo (de los apóstoles) no puede ser católico."—Canon atribuido al Concilio VI general en el Código de S. Bavón de Gante, é inserto además en la Capitulare de Teodulfo.—V. *Labbe*.

lo segundo la misma caridad bien ordenada nos lo veda.

Cierro este párrafo con otro muy breve de Séneca. *Errat si quis existimat facilem rem esse donare: plurimum habet hæc res difficultatis, si modo consilio tribuitur, non casu spargitur.*¹

Casu spargere! Al que así obra, ¿para qué le habrán dado entendimiento y discurso?

No sin miedo de pecar de osado me arrojé á indicar á V S I lo ya escrito en punto á la formación y primeros pasos de la Junta directiva.

Pero dije además que el principio ordenador, de que tratamos, tiene que ser *perenne*.

Paréceme lo más fácil de este empeño reclutar catequistas, juntarlos en grupos, constituir el cuerpo de una sociedad, darle cabeza, establecer la circulación vital entre ella y los miembros, poner el todo en movimiento, y aun empezar los trabajos con vigoroso empuje; pero conservar ese ardor, no pararse ni menos decaer, antes levantarse y progresar de continuo; *hoc opus, hic labor est*, señaladamente tratándose de señoras.

Sin ellas poco ó nada bueno se hizo nunca en asuntos de caridad: lo dice la Biblia y lo confirma la historia. Donde no interviene corazón de mujer, jamás logra cabal remedio la miseria: *Ubi non est mulier, ingemiscit egens.*²

Al revés, cuando legítima y ordenadamente

1. Yerra el que se figura que el ejercicio de la liberalidad ó largueza es cosa fácil. No es sino harto difícil, si se quiere repartir con prudencia, y no desparramar sin orden ni concierto."—*De Beat. Vit.* VII.

2. Eccli. XXXVI.

intervienen señoras en este linaje de asuntos, se pueden esperar prodigios.

Nadie como ellas, nada como su generosa é incansable flexibilidad para el costoso y duro esfuerzo de menospreciar quietud y comodidades, arrostrar fatigas y sinsabores, abajarse á pedir limosna, no necesitando nada para sí mismas; y exponerse á sabiendas, por de contado, á fríos y enojosos recibimientos, cuando no á vergonzosa repulsa. Esto en las damas, en su delicadísima sensibilidad, es inapreciable mérito, digno, si lo anima una intención recta y cristiana, de inefable galardón, muy más alto que la más alta gloria del mundo y que cuanto pudieran darles príncipes ni reyes.

Y si tales son para sufrir, no valen menos cuando se trata de obrar con eficacia. Firmes y denodadas como las convicciones de la conciencia, activas como el deseo y la esperanza, sagaces é industriosas como la caridad que las anima; llaman á todas las puertas, afrontan impasibles todas las caras, replican á todas las respuestas, ruegan por los más influyentes nombres de la tierra y del cielo, insisten, importunan, asedian, y logran por fin, lo que sin ellas no se logra.

Pero si han de durar este valor y aquel esfuerzo, es menester sepan las señoras que álguien de ellas respetado las mira de cerca, que se estima en mucho su cooperación, que agradecerán si trabajan, que entristecerán si se descuidan; honrarlas siempre, reunir las á menudo, hablarles, rogarlas, animarlas.

Por algo escribió el de Mantua y repitió la an-

tigüedad aquello de *varium et mutabile*; y lo que adolece de esta enfermedad, no se cura sino juntándolo á lo que es uno y perenne.

Aunque en grado menor, también con los hombres se necesita seguir la misma táctica.

Y en general las sociedades, en que no hay comunicación continua entre la cabeza y los miembros, suelen tener desastrada historia: vigor momentáneo, desmayos repetidos, decadencia prematura, parálisis, y al cabo de tan pobre vida ignominiosa muerte.

Importa no menos una dirección perenne y sin cesar vigilante para conservar entre los catequistas la concordia, que tiene muchos enemigos: el homicida primitivo,¹ que nunca duerme, enconado aborrecedor de los hijos de Eva y de sus buenas obras, en especial de las muy señaladamente cristianas; la diversidad natural de intereses, opiniones y gustos; y las pasiones humanas, sobre todas los celos, llamaradas funestas de amor extraviado, que se derraman alguna vez del seno mismo de la caridad y la destruyen. Esto y menos basta para convertir la más amistosa cooperación en envidia y guerra; que al principio fermentan escondidas, y á lo último estallan en estrepitoso y destructor escándalo. He visto ya dos veces, sangrándome de verlo el corazón, congregaciones de santos, si bien santos de la tierra, que después de haber obrado largo tiempo grandes cosas en armonía como de ángeles, merced á un poco de esta dañada levadura de celos, acabaron en partidos, odios, riñas y ruínas.

1. *Homicida ab initio*.—Joan. VIII.

Ya pues que se haya reclutado y organizado la hueste catequística, falta ponerla en movimiento; y el impulso, que nunca podrá ser demasiado eficaz, ha de venir de arriba, del prelado de la diócesis.

Y ojalá lo diera, no un prelado sólo, sino el episcopado entero de la república.

En todo caso, aplauso y honor, y bendición de Dios y de los hombres al que empiece. ¡Qué misión tan magnífica la suya! ¡Qué lauro en la historia patria! ¡Qué gloria en los anales de la Iglesia! ¡Qué corona en el cielo! Téngolo desde ahora por merecedor dignísimo de todas aquellas inmortales alabanzas que da el Eclesiástico, al fin del libro, al Pontífice Josías; si bien á condición de que obre sin tardanza.

No ignoro qué y cuán útil cosa es á menudo no apresurarse, retardar el paso, comprar años por días, aguardar pacientemente la oportunidad, por más que cueste aguardarla; pero jamás pude comprender qué se gana con perder el tiempo. Sin contar que por la calle de *mañana*, como dice con donaire suyo el P. Nieremberg, se va á la casa de *nunca*. Y el tiempo, Ilmo. y Rmo. Señor, es un traidor muy grande, que finge darnos aquello que nos quita. Cada año que añade á nuestra edad, es justamente un año gastado, un año de menos; y al fin, en lo más distraído de esta fatal ilusión, de repente ¡adiós vida y mundo! «dame ahora mismo cuenta rigurosa de tu mayordomía.»

tigüedad aquello de *varium et mutabile*; y lo que adolece de esta enfermedad, no se cura sino juntándolo á lo que es uno y perenne.

Aunque en grado menor, también con los hombres se necesita seguir la misma táctica.

Y en general las sociedades, en que no hay comunicación continua entre la cabeza y los miembros, suelen tener desastrada historia: vigor momentáneo, desmayos repetidos, decadencia prematura, parálisis, y al cabo de tan pobre vida ignominiosa muerte.

Importa no menos una dirección perenne y sin cesar vigilante para conservar entre los catequistas la concordia, que tiene muchos enemigos: el homicida primitivo,¹ que nunca duerme, enconado aborrecedor de los hijos de Eva y de sus buenas obras, en especial de las muy señaladamente cristianas; la diversidad natural de intereses, opiniones y gustos; y las pasiones humanas, sobre todas los celos, llamaradas funestas de amor extraviado, que se derraman alguna vez del seno mismo de la caridad y la destruyen. Esto y menos basta para convertir la más amistosa cooperación en envidia y guerra; que al principio fermentan escondidas, y á lo último estallan en estrepitoso y destructor escándalo. He visto ya dos veces, sangrándome de verlo el corazón, congregaciones de santos, si bien santos de la tierra, que después de haber obrado largo tiempo grandes cosas en armonía como de ángeles, merced á un poco de esta dañada levadura de celos, acabaron en partidos, odios, riñas y ruínas.

1. *Homicida ab initio.*—Joan. VIII.

Ya pues que se haya reclutado y organizado la hueste catequística, falta ponerla en movimiento; y el impulso, que nunca podrá ser demasiado eficaz, ha de venir de arriba, del prelado de la diócesis.

Y ojalá lo diera, no un prelado sólo, sino el episcopado entero de la república.

En todo caso, aplauso y honor, y bendición de Dios y de los hombres al que empiece. ¡Qué misión tan magnífica la suya! ¡Qué lauro en la historia patria! ¡Qué gloria en los anales de la Iglesia! ¡Qué corona en el cielo! Téngolo desde ahora por merecedor dignísimo de todas aquellas inmortales alabanzas que da el Eclesiástico, al fin del libro, al Pontífice Josías; si bien á condición de que obre sin tardanza.

No ignoro qué y cuán útil cosa es á menudo no apresurarse, retardar el paso, comprar años por días, aguardar pacientemente la oportunidad, por más que cueste aguardarla; pero jamás pude comprender qué se gana con perder el tiempo. Sin contar que por la calle de *mañana*, como dice con donaire suyo el P. Nieremberg, se va á la casa de *nunca*. Y el tiempo, Ilmo. y Rmo. Señor, es un traidor muy grande, que finge darnos aquello que nos quita. Cada año que añade á nuestra edad, es justamente un año gastado, un año de menos; y al fin, en lo más distraído de esta fatal ilusión, de repente ¡adiós vida y mundo! «dame ahora mismo cuenta rigurosa de tu mayordomía.»

Cómo se haya de dar el impulso.... no soy tan atrevido que me ocurra siquiera indicarlo. Ni lo sé, ni es menester que yo lo sepa.

Mas á este propósito, expondré al muy superior criterio de V S I una idea, que ahora me asalta la mente.

He recorrido más ó menos despacio, después que llegué á edad y á estado de observar, diferentes naciones: España, Francia, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y los Países Bajos; y en ninguna me han parecido mejor administradas las diócesis que en el reinecillo de Bélgica.

Mucho alaba en sus libros á los belgas el padre jesuita Mach, especialmente en su « Tesoro del Sacerdote », y los conocía bien, puesto que pasó allí en misiones no menos de diez y ocho años; pero á fe mía que se quedó corto en sus alabanzas.

En Bélgica ví, como nunca había visto, el reinado tranquilo y absoluto de la autoridad diocesana, respetada y querida; la perfecta hermandad, la comunión y como compenetración de espíritu eclesiástico, de luces y de aliento entre los miembros del clero; la acción común, unida y afectuosa, hermosísima de contemplar y de irresistible eficacia.

Esta eficacia, sin tumultos, sin violencia, sin escándalos, y contra la desalumbrada oposición de los políticos, aunque cristianos y conservadores; acabó en 1884 — yo lo presencié — con la maldita ley flamante y vigente de instrucción pública; derrocó legalmente al partido libre-pensador, allí fortísimo; y produjo la paz religiosa y la bonanza,

de que disfrutaron desde entonces los católicos belgas.

Pues gran parte de esa fuerza, y casi todo ese bien, yo lo atribuyo á la regular é incesante comunicación de los prelados con los arciprestes y de éstos con los párrocos. Es tal, que no es posible formarse de ella idea clara, sin verla.

Para muestra, y porque hace mucho á nuestro caso, voy á bosquejar un punto, el de las conferencias eclesiásticas, observadas allí con la más severa exactitud en esta guisa.

Para cada mes, y con algunos de anticipación, envía el prelado una serie de preguntas sobre teología dogmática y moral, derecho canónico, historia eclesiástica, liturgia y administración parroquial — éstas á veces aparte y de repente — á los señores arciprestes, que luego las remiten á los párrocos y capellanes. Cada sacerdote escribe sus respuestas en estilo de disertación: se leen todas en las conferencias cantonales, se mandan al obispado, se vuelven á leer por una comisión especial, se comparan entre sí, se apartan é imprimen las mejores, se forman con ellas libros y se reparten al clero. Todas las ventajas del sistema deliberativo sin ninguno de sus inconvenientes.

Las preguntas sobre administración suelen ser por extremo prácticas y oportunas, acomodadas á las necesidades del momento; y así en el caso presente me figuro que se preguntaría, con mejor tino que yo, pero algo semejante á lo que voy á escribir.

¿Cuál es el grado de instrucción religiosa que

alcanza en general la parroquia del respondiente? ¿Es bastante á tranquilizar las conciencias del párroco y del prelado?

¿A qué atribuye el buen ó mal estado de su parroquia en punto al conocimiento de la doctrina cristiana?

¿Qué medios generales y particulares convendría poner en juego para remediar el daño, si lo hay, y lograr lo mejor y antes posible un cambio satisfactorio?

Estas ú otras preguntas semejantes, unos las discutirían con sus amigos, otros ó los mismos las consultarían con sus maestros y directores, y todos con su razón, sus libros y su experiencia.

El torrente de luz y de ardor que saldría de tal fragua, no puede imaginarse.

¿No habrá manera de intentarlo en la diócesis de Méjico?

¡Cuántas invenciones ingeniosas, cuántas piadosas industrias, ahora personales y escondidas, vendrían á ser entonces públicas y comunes!

Y luego ¡qué santa y fecunda emulación resultaría de aquí en los celosos! ¡Y qué punzante aguijón sería éste para tibios y descuidados! Veríase tal vez á los obreros antiguos, á los ya beneméritos, ser primero imitados é igualados, y al fin superados y vencidos por los nuevos en nobilísima contienda de virtudes.

¿Dirán que esto es una utopía, un sueño del deseo?

Ni sueño ni utopía; mejor, mucho mejor opinión

tengo del clero mejicano. He visto en él, aunque me han faltado tiempo y ocasiones de conocerlo á fondo, talento siempre, y siempre buena voluntad, hartas veces encendida en apostólico celo. Entusiasmo es lo que menos he visto; y no es de maravillar, á raíz de una envidiosa y cruel persecución, cuando casi se oyen todavía sus aullidos y el ruido de sus golpes, cuando los feroces enemigos de la Iglesia, si ya no cantan en voz de triunfo, murmuran por lo menos en sus conciliábulos y en sus negros corazones aquella indignidad del impío y epicúreo Lucrecio:

“... Religio, pedibus subjecta, vicissim
Obteritur: nos exæquat victoria cælo.”¹

¡Infelices! Ya verán, vivos ó muertos, que golpean el yunque y muerden la lima. Ya verán en qué paran esos laureles, que fantasea su desatino.

Y si yo soñara en esto, si el clero no fuera *ex semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel*,² siendo por otro lado intolerable el estado presente, habría que decir con Alighieri: *Lasciati ogni speranza*; ó con otro poeta:

“... Occidit, occidit
Spes omnis.”³

ó repetir aquellas desesperadas frases del prólogo de Tito Livio: *Ad hæc tempora, quibus nec vitia nostra nec remedia pati possumus, per-ventum est.*⁴

1. “Al fin logramos pisotear la religión, que antes nos imponía; y esta victoria levanta nuestro mérito á las estrellas.”—I.

2. “De la raza de aquellos varones que salvaron á Israel.”—I. *Maccab.* V.

3. “Murió, murió toda esperanza.”—*Hor.*

4. “A tal situación hemos llegado, que no podemos ya sufrir ni la enfermedad que nos mata, ni el remedio que nos curaría.”

No seré yo quien lo diga ni lo sueñe. *Confidimus meliora et viciniore salutis.*¹

Demasiado tiempo he distraído la atención de V S I, por más que he procurado ser breve.

No menos he querido mostrarme siempre respetuoso, aunque esto de mí á V S I es sobremañera fácil, y aun natural y agradable. Sin violencia ninguna, antes con llana sinceridad, me he aplicado, desde que empecé á escribir, el clásico *Ne sus Minervam.*

Sino obstante se me escapó algún atrevimiento, lo condeno y retiro; segurísimo en mi conciencia de que no fué deliberado. Habrá sido resultado del sentimiento, vivo por demás, que en un extranjero recién llegado produce la novedad de las impresiones. En general las cosas de cada país, mejor, incomparablemente mejor que los extraños las conocen los naturales; pero no sigue la misma ley, si ya no es que obedece á ley inversa, el sentimiento. En aquellos lo aviva la novedad, mientras que en éstos lo embota, casi hasta borrarlo, la costumbre. Sabido es que así lo grandemente bueno como lo extraordinariamente malo, si se ve de continuo, á la larga degenera en trivial é indiferente. *Assiduitate vilescunt.*

Sólo una cosa me ha sido no poco difícil: contener la pluma en algunos lugares. Es duro y árduo escribir con pacífica mansedumbre cuando rebosa de indignación el alma. Pero como tenga no sé qué de irreverente airar el tono; y como

1. Hebr. VI.

por otra parte daba por averiguado que indigna también á V S I, y acaso más, lo que á mí me indignaba; pensé que me estaría mejor irme á la mano, sufrir la comezón y pasar adelante.

Permítame por fin, que antes de cerrar esta carta, responda de otro modo á lo que, pensando muy demasiado bien de mí, tuvo la bondad de proponerme en nuestra última conferencia.

Levantar una cruzada me parece que es gritar, como en los días de Urbano II, con alarido que señoree las almas, enternezca y entusiasme los corazones: *¡Dieu le veut!* ¡Dios lo quiere!

Mas ¿quién podría dar hoy aquí eficazmente semejante grito?

Solamente el prelado, solamente V S I, la voz más conocida, la más autorizada, la única voz que tiene derecho á ser oída en toda su Iglesia. Láncelo, pues, y no dude que luego lo repetirán con fe y con entusiasmo cientos y miles de cristianos pechos.

Y si por ventura el escarmiento de algún cruel desengaño, ó la timidez de un medroso consejero, ó la pereza de algún otro de esos que ven, como dice la Sagrada Escritura, leones y leonas en plazas y caminos;¹ le insinuasen que la empresa es temeraria, imposible; que acometerla es locura; y que de nada sirve la más resuelta energía contra mayor é invencible inercia; espero sin dudar que desearía tales insinuaciones con la

1. *Leo est foris, in medio platearum occidendus sum: leo est in via et leana in itineribus.*—Prov.

digna entereza que á V S I corresponde, y el desdén que ellas merecen.

Al cabo, sin exponerse ¿qué se logra? ¿Y qué mejor ocasión de exponerse que cuando á ello incitan á porfía la gloria de Dios, la necesidad gravísima y urgentísima del prójimo y los más sagrados deberes?

Fuera de que no es cuenta del hombre sino de Dios el buen suceso. *Incrementum dat Deus.* Esto es obra propia suya y su cuidado. El nuestro ha de ser trabajar con obediencia de obreros y amor de hijos á las órdenes del Padre de familias. *Dei adjutores sumus.* Aún la eficacia de esta labor de ayuda es tan poco humana, que, como enseñan el Apostol y la historia, más de una vez elige Dios lo necio, lo débil, lo despreciable del mundo para obrar sus más sorprendentes maravillas, celosísimo de su gloria: *Sufficiencia nostra ex Deo est. Quæ stulta sunt mundi, et infirma, et contemptibilia elegit Deus, ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*²

Dejemos, pues, al egoísmo y á la tibieza vociferar, como suelen: ¡Prudencia! ¡Cuidado! ¡Quietos! ¡Alto! ¡Atrás! y digamos nosotros con invencible calma: ¡Adelante! ¡*Eamus!*

Así nuestro divino Maestro, cuando se acercaban sus enemigos á prenderle; así sus apóstoles y los valerosos misioneros, que con tanta honra de nuestra religión y de la dignidad huma-

1. "De Dios viene nuestra capacidad, nuestra suficiencia."—II. Cor. III.

2. "Dios ha escogido á los necios según el mundo, y á los flacos y á los despreciables; á fin de que ningún mortal se jacte de nada ante su acatamiento."—I. Cor. I.

na, arrojándose á empresas al parecer imposibles, han trasformado al mundo. A las voces del Redentor: *Elegi vos et posui vos ut eatis...*¹ *Ite, ecce ego mitto vos...*² *Euntes ergo docete...*³ *Euntes prædicate Evangelium,*⁴ respondieron obedientes y animosos: *Eamus!*⁵

Aún los héroes puramente humanos usaron ese lenguaje. Recuerdo ahora el conocidísimo *Eamus igitur* de Julio César según la narración de Suetonio; el ¡*Vamos!* última voz del moribundo Duque de Alba; el ¡*Vamos* á morir como cristianos! respuesta del joven Pizarro al ardid, pero mal consejo de Juan Acosta. ...; y los héroes que tal vez no pronunciaron esta palabra, ¿no la dijeron obrando?

Ni tiene otro sentido el alto y merecidamente celebrado pensamiento de Séneca: *Utique si et provocavit,*⁶ semejante al *Hilarem datorem* del Apostol; y esencial, á mi ver, en cualquier acto de verdadero heroísmo.

Mas no se entienda que yo quiero para V S I el ¡*vamos!* saludo generoso á la desgracia ó á la muerte, sino el ¡*vamos!* precursor de la victoria.

En la batalla de las Navas, una de las más solemnes y decisivas ocasiones que han presenciado los siglos, aquel de veras heroico abuelo de San Fernando y de San Luis, que tan digna-

1. "Os elegi y os destiné á que vayais."—*Joan.* XV.

2. "Id, yo os envío."—*Matt.* X.

3. "Id, pues, y enseñad á todas las naciones."—*Matt.* XXVIII.

4. "Id por todo el mundo y predicad á todos el Evangelio."—*Marc.* XVI.

5. ¡*Vamos!*

6. De Prov.

mente acaudillaba las huestes de Cristo, viendo la inmensa morisma y el siniestro comenzar de la pelea, y recordando por ventura la triste rota de Alárco; aunque sin turbarse por ello «nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente», volvióse al Arzobispo de Toledo y le dijo: «Arzobispo, yo e voz aquí muramos.»

Pero el impávido y noble hijo de Navarra, D. Rodrigo Jiménez, que acaso veía con los ojos de su vivísima fe lo que en Dotan vió Giezi; y á lo menos la tenía tan inquebrantable como Asá en el Valle de Sofata ó el Macabeo en Beteron; le respondió al punto: «Non quiera Dios que aquí murades, antes aquí habedes de triunfar.»

Este varonil pronóstico deseo y pido á Dios que á sí mismo lo aplique V S I. Esto deseo y pido á Dios que responda á todo pusilánime consejo:

«¡Vamos! no á sucumbir, sino á vencer; no á derrota ninguna, sino á un completo y seguro triunfo.»

ILMO. Y RMO. SEÑOR,

Le besa afectuosamente el anillo su leal y humilde servidor,

Manuel F. de Barrena.

DIRECCIÓN GENERAL DE

San Nicolás de Tolentino, Viernes Santo de 1896.

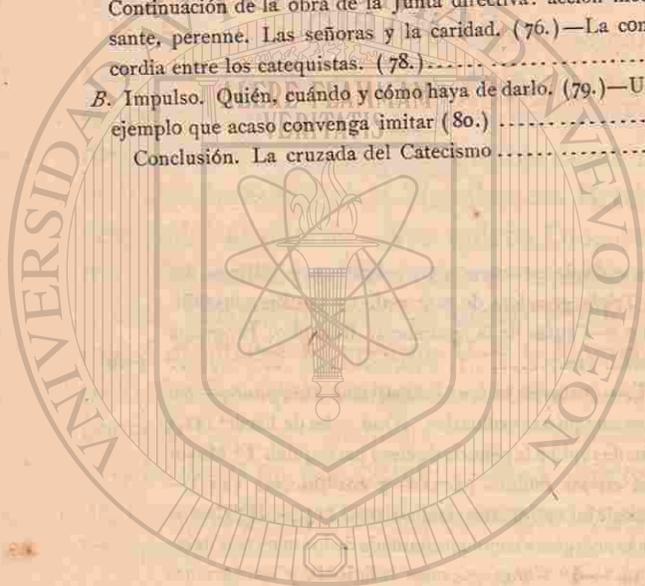
SUMARIO

Motivo y ocasión de esta carta. (5.)—Ignorancia religiosa del pueblo. Triple grandeza de este mal. (7.)—Responsabilidades. (9.)—Causas de la ignorancia. Remedio. Programa del Apostol. (10.).....	5-10
PARTE I.— <i>Quomodo autem audient sine predicante.</i> —No bastan los catequistas ordinarios. ¿Qué se ha de hacer? (11.)—Medios de suplir á la penuria de clero parroquial. 1º Mayor actividad en los señores párrocos y coadjutores. (13.)—2º Ayuda de los estudiantes seminaristas. (14.)—3º Cooperación más enérgica y mejor encaminada de los maestros de escuela. (14.)—4º Congregaciones religiosas y asociaciones piadosas libres, consagradas á la enseñanza del Catecismo. (16.)—No se saca de estas congregaciones el fruto que debería sacarse. (18.)—Doble muestra de abusos dañosos á la enseñanza del Catecismo, que las damas de las congregaciones y las señoras en general podrían disminuir, cuando no desarraigar del todo, sólo con su influencia. Primer abuso (20.) Segundo abuso. (25.) Una advertencia. (29.).....	11-29
Otra especie innumerable de catequistas: La enseñanza mutua. (31.)—Continúan los medios de suplir á la falta de maestros eclesiásticos de doctrina cristiana. 5º Las congregaciones puramente caritativas. (35.)—6º Toda suerte de asociaciones piadosas. (36.)—7º La mayoría de la población: <i>todo el mundo.</i> (38.)—8º Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, si es posible traerlos. (58.) Eficacia de las misiones.—(59.)—Conclusión de la primera parte.... (61.)	59-62

PARTE II.—*Quomodo prædicabunt nis mittantur?* Misión.

Dos operaciones, organización é impulso. (62.)

- A. Organización. Condiciones para el buen éxito. Junta fundadora y directiva. (62.)—Primeros pasos de la Junta: reclutar y ordenar el personal docente y allegar recursos con ayuda de juntas auxiliares ó asociaciones de suscritores. (66.) El orden de la caridad: ante todo la patria, Méjico. (70.) Continuación de la obra de la Junta directiva: acción incesante, perenne. Las señoras y la caridad. (76.)—La concordia entre los catequistas. (78.) 66-78
- B. Impulso. Quién, cuándo y cómo haya de darlo. (79.)—Un ejemplo que acaso convenga imitar (80.) 80-82
- Conclusión. La cruzada del Catecismo 85



ENMIENDA DE ERRATAS

Pág.	Lin.	Dice:	Léase:
10	7	<i>inclytumtuum</i>	inclytum tuum.
16	6	<i>fuerza de ley</i>	fuerza ó derecho de ley.
37	Nota 1	<i>sólo bastaría si</i>	solo bastaría, si.
41	11	<i>christiam</i>	christiani.
59	últ ^a	<i>de s'assoir</i>	de s'asseoir.
81	18	<i>párrocos y capellanes</i>	párrocos, vicarios y capellanes.
90	1	<i>nis mittantur</i>	nisi mittantur.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANA

DAD AUTÓNOMA DE NUEV

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



0120